

A romantic couple embracing in a scenic mountain landscape. The woman has long, wavy brown hair and is wearing a red cable-knit sweater. The man is wearing a black and white plaid shirt. They are standing on a rocky slope overlooking a valley with evergreen trees and a forest of trees with autumn foliage in shades of purple and red. The background is a soft, hazy mountain range under a warm, golden light.

LA
PROTECCIÓN
que necesitaba

Annabeth Berkley

LA PROTECCIÓN QUE
NECESITABA

ANNABETH BERKLEY

© 2020 Annabeth Berkley

ISBN:

Depósito legal:

Edición:

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Diseño de tripa: MaquetaTuLibro.com

Maquetación: Yolanda Pallás

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas aquellas mujeres que no recuerdan su Poder Interior.

*«Tu vida cambia el momento en que tomas una decisión nueva,
congruente y comprometida. ».*

TONY ROBBINS

Lacey Brown se despertó satisfecha. Se desperezó en la cama sin decidirse a salir de ella. No tenía ninguna prisa ni aliciente para levantarse, pero tampoco tenía nada que leer y le costaba estar sin hacer nada. La luz del día entraba por la ventana y le permitía apreciar el limpio y funcional dormitorio. Realmente no necesitaba más. Sonrió al sentirse tan afortunada.

El pequeño piso que había alquilado sobre la inmobiliaria cumplía con creces sus mínimas necesidades. Era pequeño, económico y amueblado, y estaba situado en una de las calles principales del pueblo, por lo que siempre había alguien paseando por allí. Además, los árboles de las aceras estaban salpicados de pequeñas luces que aumentaban su encanto y la luminosidad de la calle por las noches, que era algo que agradecía.

Decidió que exploraría el pueblo donde había decidido afincarse. Edentown. Parecía un lugar agradable. No sería fácil que Mathew la encontrara allí. Se había ido con lo justo, sin apenas equipaje, en mitad de la noche. Había pasado cinco días viajando en diferentes trenes y autobuses, dando vueltas, sin rumbo, con la intención de que si alguien quisiera seguirle la pista no pudiera hacerlo. Ella misma se había sentido perdida varias veces hasta que había llegado a ese pueblecito donde había decidido quedarse.

Estaba dispuesta a empezar de nuevo. Era una superviviente. Siempre lo había sido... aunque a veces había perdido las fuerzas o las ganas de seguir adelante, ahora las había recuperado con más energía que nunca.

Se levantó decidida, apagó la luz con la que se había acostumbrado a dormir, y se duchó rápida, dispuesta a disfrutar de un nuevo día.

Salió a caminar con los leggins negros, una camiseta blanca y la sudadera deportiva. Apenas llevaba tres días en Edentown y no había podido reponer su vestuario. Mathew se llevaría las manos a la cabeza si la viera vestir así. A ella también le había encantado, al principio de su matrimonio, la obligación de vestir « bien», con ropas de calidad y de marca, con tacones, vestidos y joyas, pero había acabado sintiéndose una esclava de ello.

En esos tres días, había encontrado trabajo en una de las peluquerías del pueblo y había podido mostrar su talento en la boda de los dueños del bonito hotel con vistas al lago. Afortunadamente, había podido apoyarse en la formación en Peluquería y estética, que realizó mientras aún vivía con su padre y de lo que nunca había ejercido. Con su precaria condición económica no había podía aspirar a nada más, pero realmente era algo que le había gustado.

Durante sus años de matrimonio, además de practicar con ella tanto en peluquería como en maquillaje, había prestado especial atención a los rostros de las mujeres con las que se codeaban y para ella era muy sencillo armonizar de manera natural los rasgos morfológicos de cada persona con lo que más le podía favorecer.

Se sentía satisfecha y orgullosa de ella misma, por primera vez en mucho tiempo. No podía pedir más.

Después de pasear por los alrededores de aquel lago de aguas cristalinas, empezó a caminar hacia el bosque. Le gustaba la calma y la serenidad que se respiraba en el ambiente. Todo parecía muy idílico, sacado de una novela o de una de esas películas románticas que tanto le gustaban.

El sol a esa primera hora de la mañana calentaba lo justo para no pasar calor. Nunca había apreciado tanto el olor de los árboles, el color de las hojas, el canto de los pájaros, la tranquilidad... Sintió que había llegado a casa...

Oyó un aullido sofocado. Se extrañó, pero siguió paseando distraída.

Volvió a escucharlo y la curiosidad fue mayor. Siguió la dirección del sonido y llegó hasta el río. Era un paraje realmente bello con la naturaleza en su máximo esplendor. En mitad del río descubrió a un perro agarrándose a un tronco atascado entre dos grandes piedras y que,

afortunadamente le evitaban seguir sin control la corriente del agua.

Se sobresaltó como no esperaba. Bajó hasta la orilla y empezó a idear la manera de llegar hasta allí. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas del miedo que sentía.

Sabía de la desesperación que podía sentir ese animal, solo, asustado, sabiendo que no podía salir de allí.

Miró a su alrededor, no podía ayudarla nadie.

Se quitó la sudadera y las deportivas mientras le decía palabras cariñosas al indefenso animal. Como no sabía nadar, rezó para que el río no fuera muy profundo.

No tenía claro qué iba a hacer. Esperaba que el animal se acercara a ella. Se metió en el agua llamándolo, distrayendo su atención de la corriente contra la que luchaba. Se estaba clavando las piedras en los pies. El agua estaba fría haciéndola estremecerse, mientras con sus palabras de cariño trataba de calmar al animal... y a ella misma. Llegó un momento en el que sintió que no podía avanzar más sin perder el fondo, pero aún estaba lejos del perro.

Sin pensar, empezó a pedir ayuda a gritos mientras a la vez le decía palabras bonitas al perro. Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

Intentó avanzar, pero al perder el fondo metió la cabeza bajo el agua. Oscuros y amargos momentos llegaron a su mente. Sin poder salir, sin poder respirar, braceaba, intentaba revolverse, le faltaba el aire... Sacó la cabeza del agua... Mathew no estaba allí, solo estaba el perro, pidiendo ayuda. Dio un paso atrás volviendo a tocar fondo mientras su respiración se regulaba y volvió a gritar pidiendo ayuda.

Mike O'Roarke llegó corriendo al oír los aullidos desesperados del perro y los gritos aterrados de una mujer. Sus dos perros le acompañaban al mismo ritmo. En un momento evaluó la situación. Una quinceañera irresponsable que se creía que el río era la bañera de su casa. Serio y enfadado bajó al cauce del río se quitó la camiseta, las deportivas y los vaqueros, dio la orden a los perros de que lo esperaran allí y se lanzó al agua sin pensarlo.

—Vuelva a la orilla—le ordenó al pasar a su lado sin mirarla.

Lacey asintió y volvió sobre sus pasos con cuidado. Vio a los dos perros, uno marrón, otro negro, esperando sentados a que el dueño regresara. Cuando llegó a la orilla sintió el frío por todo su cuerpo y se abrazó para entrar en calor mientras se encogía entre los dos animales a observar la escena.

Los dos animales se le acercaron dándole el calor que no sentía, y ella inconscientemente pasó los brazos por encima de ellos.

Mike calmó al animal cuando llegó a él, y en cuestión de segundos consiguió que confiara y se dejara llevar hasta donde pudo tocar fondo. Entonces el perro salió corriendo, sacudiéndose el agua. Lacey corrió a abrazarlo asustada y emocionada a la vez.

Mike salió andando con calma. Se había sorprendido de ver a la quinceañera abrazando a sus dos perros callejeros y ellos dándoles su apoyo. Parecía asustada, aunque se había repuesto al ver salir al perro.

—La próxima vez que quiera jugar con su perro en el agua, métalo en la bañera —le dijo molesto ante su irresponsabilidad mientras se quitaba el exceso de agua de su cuerpo con las manos.

Ella se puso tensa al instante y le miró agresiva para enfrentarlo.

—No es mi perro.

La frase perdió fuerza al mirar los fríos ojos azules de aquel hombre. Era muy alto, más del metro noventa, de hombros anchos y cadera estrecha. Sin poder evitarlo recorrió con la mirada el musculoso cuerpo, bronceado y mojado que exhibía, para volver a mirar el atractivo rostro de

cabello oscuro. Parecía que no le importaba estar vestido solo con unos boxers negros. Se sonrojó, aunque claro, con ese cuerpazo no era de extrañar, pensó.

Él se sorprendió ante su escrutinio. No era tan niña como había supuesto. Tan pronto le había parecido un animalillo dispuesto a atacar como que de repente parecía haber sido consciente de que él era un hombre, y ella una mujer. Una mujer menuda, de rostro bonito y suave, completamente mojada, como él, y tiritando de frío.

—¿Cómo que no es suyo? —le preguntó serio mientras los otros dos perros rodeaban a su nuevo amigo dándole la bienvenida.

Mike se fijó en los moratones que llevaba en los brazos mientras era más que consciente que ella le seguía mirando con detenimiento.

—No lo es —le dijo ella obligándose a desviar la mirada y alejándose de él yendo a por su sudadera—. Me lo encontré ahí —señaló al río mientras el perro la seguía.

—¿Me quiere decir que el perro apareció de la nada y usted que no sabe nadar se metió a sacarlo?—le dijo más calmado mientras cogía su ropa del suelo y la sacudía.

—No sé si de la nada, solo sé que estaba allí...

Se terminó de poner las deportivas.

—Si se pone la sudadera se le mojará —le dijo él— Espere un momento a hacerlo, o quítese la camiseta por lo menos.

Ella se sonrojó por la sugerencia. No pensaba quedarse en sujetador delante de un desconocido, pero realmente se le mojaría la sudadera. Asintió en un primer momento, pero al instante se percató de que estaba otra vez obedeciendo órdenes, como siempre había hecho, y decidió no hacerlo.

Se levantó con la sudadera entre las manos.

—Gracias... adiós.

El perro la siguió y ella se detuvo a los dos pasos para mirarlo sin entender.

—¿Está segura de que el perro no es suyo? —le preguntó serio abrochándose los pantalones—. Él parece no tenerlo claro.

—Yo... —el perro se sentó a su lado esperando que ella siguiera el paso. Miró al desconocido insegura — ¿Qué hago?

—Usted sabrá —le dijo él— pero manténgase alejada del río si no sabe nadar y si va a llevarlo suelto enséñele antes a obedecer sus normas.

Ella asintió confundida —¿Qué normas?

Él bufó molesto, terminando de atarse las deportivas.

—Si no sabe cuidar de un perro no debería tenerlo —se dirigió hacia ellos —Vamos, chico — le dijo golpeándose el muslo para que le siguiera—, te vienes a casa.

El perro dudó un poco y le siguió mientras Mike emprendía el regreso por donde había venido.

Lacey se quedó mirando cómo se alejaban. ¿Tener un perro? Nunca se lo había planteado. Volvió sobre sus pasos, hacia su apartamento, tiritando. ¿Por qué no había tenido nunca un perro? ¿O un gato?

Llegó helada de frío y se preparó un té rojo mientras se metía en la ducha. Una ducha muy caliente de la que no quería salir. Se envolvió en la toalla. Tenía que comprarse un albornoz, pensó. Recorrió con la mirada el diminuto piso en el que recién vivía. Fue consciente de que estaba sola. Sola. Como siempre y como nunca a la vez. Le invadió una sensación horrible mezcla de dolor y melancolía, pero no quería sentirse así. Ahora era libre.

Recordó la experiencia con el perro... quizá fuera una buena idea... Un perro le haría compañía... uno pequeño porque en el piso no había mucho espacio... aunque quizá a la dueña no

le haría gracia que metiera un animal... le preguntaría a Megan, la chica de la inmobiliaria sobre esa posibilidad.

Pero era domingo. La inmobiliaria estaría cerrada y además después de la boda del día anterior estaría cansada. Esperaría hasta el lunes y antes de ir a la peluquería bajaría a hablar con ella.



Megan la saludó con una sonrisa al verla entrar por la puerta.

—¡Hola, Lacey!! ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —le preguntó mientras dejaba su enorme bolso sobre su escritorio—. Acabo de abrir.

—Hola —se acercó al mostrador con su sonrisa tímida.

—Oye, nos dejaste preciosas para la boda, muchísimas gracias.

—Oh, bueno —se sonrojó—. No fue nada... quería preguntarte... ¿Tú crees que puedo comprar un perro y meterlo en casa? Uno no muy grande... o un gato...

—No hay problema —le dijo sonriendo la bonita pelirroja—. Yo vivía con tres gatas... Aunque si quieres un perro te sugiero que no le digas a Mike que quieres comprar uno. Te echaría de la veterinaria sin miramientos.

—¿Quién?

—El veterinario del pueblo —le explicó—. Tiene también una pequeña protectora de animales en su casa, en el bosque. Él podría ayudarte con eso.

Lacey se lo agradeció sonriendo y se despidió para empezar su jornada laboral.

Satisfecha, entró en la peluquería en la que había encontrado trabajo. Había visto el cartelito donde se solicitaba ayudante poco después de bajar del autobús que la había llevado hasta allí, pero no se lo planteó hasta que no dio una vuelta por el pueblo. Parecía un sitio agradable, tranquilo, y el lago que había al final de la calle principal le había terminado de convencer. Así que, como no perdía nada por probar, había entrado a preguntar.

Mildred O'Toole, la risueña dueña de la peluquería, la miró de arriba abajo antes de asentir y tenderle la mano.

Ella no llevaba currículum, ni tenía referencias y así se lo había dicho. Quizá la sinceridad fue lo que la llevó a obtener su puesto. O bueno, la sinceridad, no, porque no le había contado nada sobre ella.

De cualquier forma, o por cualquier razón, ahí estaba, empezando de nuevo, aunque esperaba que esta vez con más suerte.

Después de darle vueltas durante todo el día a la idea, decidió que metería un perro en su vida. Sería algo nuevo para ella, como toda esa etapa que había comenzado. Y para variar cuidaría de alguien como siempre habían hecho con ella. Sería algo así como empezar a vivir de manera completamente diferente y además, estaba segura, lo cuidaría muy bien.

Siguiendo las instrucciones que le había dado Mildred, llegó hasta la consulta veterinaria que estaba cerrada. Algo de suponer a esas horas, pese a que aún era de día.

—¿Buscas a Mike? —preguntó una voz a sus espaldas.

Se giró para ver a un hombre muy atractivo al que había visto en la boda junto a Megan, con dos chiquillos a su lado que comían helado. La niña pequeña iba de su mano, tímida, mirándola con recelo. El niño estaba saltando inmerso en algún juego imaginario mientras disfrutaba de su helado de chocolate.

—Eh, sí... había pensado en comprar un perro.

El sonrió abriendo una furgoneta antigua de color azul, allí aparcada —Eso no se lo digas cuando lo veas. Estará en alguna urgencia o en su casa. Si giras en la biblioteca del final de la calle, el camino te llevará hasta allí. Es el penúltimo desvío. Andando no tardarás en llegar, pero te acercamos si quieres.

—¿A mí? —le sorprendió el detalle mirando a su alrededor por si se refería a alguien más.

—Nosotros también vamos hacia allí. Te podemos dejar en la puerta. Me llamo Keith, y estos son mis hijos, Bob y Charlotte.

Los niños la saludaron con una sonrisa que ella correspondió mientras asentía.

—Yo me llamo Lacey —se presentó gratamente sorprendida, subiéndose en la camioneta azul junto a los dos pequeños.

Pasaron por el camino junto al río que había descubierto la mañana del domingo, y no tardaron en llegar frente a una casa rústica sin pintar. Estaba rodeada de un amplio terreno natural salpicado de árboles y rocas.

Se despidió de ellos agradecida y se dirigió hacia la entrada siguiendo el camino empedrado.

Se dio cuenta en ese momento que era la casa particular del veterinario y quizá pudiera ofenderse por interrumpirle después de la jornada laboral. Iba a retroceder tras sus pasos cuando los dos perros callejeros que la habían acompañado en el río la rodearon sin parar de mover la cola felices y juguetones.

Ella se sorprendió y les saludó acariciándolos y entonces vio que se acercaba el atractivo hombre del río, en vaqueros y una camiseta de color verde que potenciaba muchísimo su atractivo.

Él se extrañó de encontrarla allí. Apreció que tenía el cabello más claro de lo que le había parecido al verlo mojado y que llevaba la misma sudadera que el día anterior sobre unos vaqueros estrechos que realzaban sus estilizadas piernas.

Sus ojos eran de un precioso color azul y su rostro, más bonito que lo que recordaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó demasiado serio.

—Quiero comprar un perro —se irguió firme tratando de disimular los pensamientos respecto a su atractivo físico.

Él tensó los labios y la indignación y la rabia hicieron su aparición.

—Lárgate de aquí.

Lacey dio un paso atrás asustada ante la orden, pero no cedió.

— No... —recodó lo que le habían dicho Megan y su marido por separado —. No, perdón no quiero comprar... —ahora entendía la advertencia—. Quiero adoptar un perro.

Él se sobresaltó al ver la expresión de pánico en la cara ante su exabrupto. No había pretendido ser tan duro, pero no soportaba a la gente que creía natural comercializar con los animales o comprar una vida.

—¿Qué quieres?

—Yo... eh... quiero un perro.

—Ayer no querías al que te encontraste, o ¿te has arrepentido de abandonarlo a su suerte?

—A su suerte, no —se defendió ella—. Tú te lo llevaste.

—Afortunadamente para él.

—Pues eso no lo sé... —pensó en voz alta haciéndolo enfadarse de nuevo—. Pero creo que ese era muy grande...

Él pasó a su lado bufando —¿Lo quiere a la carta? Lárguese por donde ha venido. Aquí no tenemos perros de raza.

—¿A qué se refiere? —le dijo sin entender—. ¿De qué raza? Me dijeron que si quería un perro podía hablar con usted... pero ya veo que no es cierto.

Él se giró enfadado mirándola a los ojos. Por muy bonita que fuera no iba a permitir que jugara con una vida.

—¿El qué no es cierto? Aquí no se comercializa con los animales, y no voy a permitir que usted se lleve un perro fruto del capricho de un momento. Son seres vivos, señora —le dijo con desprecio.

Le molestaba enormemente la gente caprichosa, que se atrevía a jugar o infravalorar los sentimientos de los animales.

Lacey estaba sin habla mirándole.

—Lárguese —se dio media vuelta dejándola allí plantada.

—No.

Él se giró mirándola serio.

Ella no pudo mantener su mirada enojada mucho tiempo y dio un paso atrás, pálida. Realmente era su casa y él la estaba echando, así que debía irse...

—No es un capricho... solo quería un perro —se justificó—. Lo encontraré de otra manera...

Señaló a los dos perros que los estaban observando sentados.

—Y si tanto se preocupa usted por ellos, córteles el pelo. Así evitará que vayan enganchándose con hojas y ramas.

Él le miró extrañado y miró a sus perros. Claro que sabía que necesitaban un corte de pelo, pero había cosas más importantes que eso... bueno, o además de eso... —Aquí no tenemos servicio de peluquería para mascotas —le dijo con sorna.

—No es servicio de peluquería, es higiene —le respondió dándose la vuelta.

Lacey volvió a casa sin dejar de pensar en el desafortunado encuentro. Sentía rabia, frustración e impotencia. Ya se había hecho a la idea de tener un perro... y no quería rendirse tan pronto.



Al día siguiente estaba en el ordenado almacén de la peluquería sacando las toallas de la secadora y doblándolas, cuando escuchó el sonido de la puerta. Se sorprendió al reconocer la voz del atractivo veterinario del que no recordaba el nombre.

Se quedó a un lado, escondida, tratando de escuchar sin éxito la conversación que mantenía con su jefa. Apenas identificaba palabras sueltas, así que se acercó más a la puerta

Oyó a Mildred reírse agradable.

—Ayyy, yo no tengo tiempo de más... quizá mi nueva ayudante quiera, pero tendrás que convencerla tú... cosa que no te costará con esa cara —le dijo con afecto.

Mike sonrió incómodo. Sabía, porque se lo habían dicho muchísimas veces en su vida, que era un hombre guapo, pero no era algo que le agradara oír o que le gustara que le recordaran tan abiertamente.

—¡Lacey!! ¡¡Sal un momento!! El veterinario quiere proponerte algo...

Lacey se sonrojó como si la hubieran sorprendido escuchando y salió, insegura, mientras Mike miraba hacia el amplio escaparate.

Mike se sentía satisfecho con su decisión. Además, así pagaría a la adolescente que ayudaba a Mildred un dinero extra por ayudarle a él, y seguro que no se negaría.

—Hola... dime...—susurró una voz a su espalda.

Él reconoció su voz antes de girarse para mirarla.

—No sabía que tú...

Por su cabeza pasaron cientos de excusas para salir corriendo y olvidar su idea. Pero a la vez

empezó a buscar las razones que podría darle a esa menuda mujer, cada día más bonita, para que le dijera que sí que estaba dispuesta a ayudarle. Ella no parecía molesta, solo estaba mirándole atenta. Se perdió en sus ojos azules, y luchó contra la tentación de acariciar su rostro.

Ella le hizo un gesto con las cejas, como si esperara que le dijera algo, pero a él se le había olvidado lo que le había llevado hasta allí.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó con su dulzura habitual, detalle que él no había conocido.

Él abrió la boca para cerrarla de golpe. No parecía enfadada por sus últimos y desagradables encontronazos con él.

Lacey esperaba paciente, dándose cuenta de la incomodidad que él parecía sentir. Estaba tan guapo, tal alto, plantado frente a ella, con una inseguridad que nunca se habría planteado que pudiera tener.

—Eh... no sé si es buena idea... —miró a Mildred que observaba a la pareja con una sonrisa en la cara—. Yo buscaba a alguien que viniera a casa a cortar el pelo a los perros... pero nada, será mejor que me vaya... —retrocedió varios pasos hacia la puerta dispuesto a irse.

—A mí me parece bien —le dijo Lacey dando un paso hacia él haciendo que se detuviera mientras en su interior saltaba de alegría.

—¿Sí? —la miró asombrado—. Creí que no te gustaría o que estarías enfadada.

—¿Y por qué creíste eso? A mí me parece buena idea.

—La tuviste tú.

Lacey asintió satisfecha. Había surtido efecto lo que ella le había dicho. Salirse con la suya le hacía sentirse muy alegre y confortablemente bien.

Él asintió. Mejor no seguir hablando. No esperaba esa respuesta de ella después de cómo se había comportado cada vez que la veía. Él ya conocía su genio, sabía que no solía agradar, y era algo que no le importaba, estaba preparado para responder con esas herramientas. Pero no sabía jugar cuando le cambiaban las reglas del juego.

—Eh... si te pasas esta tarde... a última hora por casa hablamos de las condiciones.

—De acuerdo —le dijo Lacey acompañándole con la mirada mientras salía de la peluquería.

Mildred se le acercó con una sonrisa radiante y sus grandes ojos azules iluminados —¿Ya lo conocías?

—Sí, lo he visto un par de veces —le quitó importancia mientras en su interior sentía una sensación de victoria y de afecto a la vez.

Cuando acabó su jornada de tarde Lacey recorrió el camino que le llevaba hasta la casa del atractivo veterinario. Llegó hasta la puerta y llamó sin escuchar respuesta. Fue a girar sobre sus pasos cuando los dos perros grandes que ya conocía y el que habían sacado del río, fueron a recibirla junto con otro más pequeño. Juguetones, le invitaron a que les siguiera.

La condujeron hasta la parte de atrás donde Mike, sin camiseta, parecía que estaba entrenando a un perro blanco y negro de una conocida raza que no recordaba, a seguir un circuito de salto de obstáculos. Lacey se quedó parada sin poder evitar admirar su musculoso cuerpo. Se sorprendió a si misma preguntándose cómo sería ser abrazada por aquel hombre que irradiaba tanto poder y firmeza. No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero realmente le extrañaba sentir esa atracción que nunca antes había experimentado.

Mike no tardó en descubrirla. Levantó la mano a modo de saludo y dejó al perro que hiciera solo el recorrido para acercarse a ella.

—No te esperaba tan pronto —se excusó poniéndose la camiseta.

Lacey se recreó la vista contemplando de cerca su torso musculado. No recordaba haber visto uno tan ...

Mike se sorprendió por la reacción de ella mirándole sin disimulo y con total inocencia. Su vanidad personal se sintió levemente orgullosa ante tal reconocimiento.

Cuando la camiseta cubrió lo que estaba admirando, Lacey le miró a los ojos.

—¿Por dónde empiezo?

—Sígueme —le pidió encabezando el paso mientras los cuatro perros que habían acudido a recibirla saltaban a su alrededor.

—Tengo ahora cinco perros, Bingo es el negro, Rocco el marrón, que ya los conoces, River es el del río... Susie es esa pequeña, y Sally es una perra más mayor que estará durmiendo por algún sitio y ya aparecerá. Supongo que para lavar y cortar podrías venir dos horas cada tarde... pago diario por horas si te parece bien.

—Sí, claro —sonrió con dulzura pensando en la ropa que podría empezar a comprarse en breve—. Aunque nunca le he cortado el pelo a un perro, supongo que me apañaré...

La llevó hasta la parte trasera de la casa donde había una especie de cobertizo. Habilitado su interior como una pequeña consulta veterinaria con despacho incluido. Estaba todo muy recogido y ordenado.

Le señaló una sencilla mesa junto a la ventana de la pared que contaba con un brazo extensible para poder atar al perro.

—Supongo que allí se les podrá cortar el pelo—miró a su alrededor —pero bañarlos... de momento tendremos que conformarnos con la manguera.

Lacey asintió y dejó sobre la mesa que le había señalado la mochila que llevaba a la espalda y que contenía un champú para perros, dos tijeras de diferentes tamaños y una maquinilla. Se puso una especie de bata de manga larga similar a la que llevaba en la peluquería sobre su sudadera y se sintió preparada y muy animada.

—¿Por cuál empezamos? —le preguntó con los brazos en jarras.

Mike se encogió de hombros —Tienen que pasar todos, así que venga...

Se acercó a Bingo, que lo tenía más cerca, lo subió a la mesa sin esfuerzo y lo sujetó con el brazo extensible para luego retirarse y dejarle espacio a ella.

Lacey intentó esquivar los lametones del animal mientras prestaba atención al tipo de cabello y largura. Lo cepilló con cuidado hasta donde pudo porque tenía bastantes enredones. Con seguridad cogió la maquinilla y empezó a cortar el pelo de las patas.

Mike observaba en silencio de pie, apoyado en el respaldo de la silla. La tenía de espaldas a él. No prestaba atención a lo que hacía ni como lo hacía sino a sus finas manos que se movían con seguridad, su esbelto cuerpo, menudo y proporcionado, su suave cabello de color castaño. Estaba totalmente concentrada.

—Supongo que te debo una disculpa —carraspeó incómodo, dándose una excusa para seguir mirándola.

Lacey giró la cabeza para sonreírle —Ya pasó.

—Bueno, igualmente, disculpa —le pidió viendo como ella seguía trabajando.

Le sonó el teléfono móvil y atendió la llamada mientras salía del cobertizo.

Lacey terminó de cortar el pelo al primer perro. Se sintió satisfecha. Quizá no estaba bien del todo, pero desde luego estaba mejor que antes, más limpio y aseado, y seguro que más cómodo. Mejoraría con el tiempo, pero se daba una nota alta en el resultado. Sonriente lo soltó y el perro saltó al suelo moviendo la cola. Cogió a Rocco para ponerlo en el mismo sitio y se puso manos a la obra.

El tiempo pasó rápido y vio tras la ventana que el cielo empezaba a oscurecer. Esa tarde no le daría tiempo de enjabonar y bañar a los perros, pero podría hacerlo al día siguiente nada más llegar. Mike la había dejado sola, pero se sentía muy cómoda allí. Acabó de cortar el pelo, lo bajó y empezó a buscar con la mirada una escoba. Supuso que estaría en el armario alto y se alegró de haber acertado.

Empezó a barrer el suelo satisfecha.

La puerta se abrió de repente sobresaltándola.

—¿Aún estás aquí? —preguntó sorprendido Mike—Perdona, tuve una urgencia...

—Creo que hoy es tarde para bañarlos, pero mañana lo puedo hacer a primera hora cuando venga —terminó de barrer mientras los perros la rodeaban juguetones.

—Vaya cambio —comentó Mike con una sonrisa sincera acariciándoles la cabeza.

Lacey se quitó su bata y la colgó en la percha que vio en la pared junto al armario —Si no te importa, lo dejo aquí para mañana.

—Por supuesto —le dijo Mike abriéndole la puerta del cobertizo convertido en consulta para salir detrás de ella.

Lacey pasó a su lado consciente de lo pequeña que se sentía junto a él. Apenas le llegaba al hombro, y un escalofrío le recorrió la espalda consciente de su proximidad.

Mike aspiró su aroma cuando ella paso a su lado. Podía haberle dejado más espacio para salir, pero algo superior a él le impidió retirarse provocando la cercanía.

Casi había anochecido.

—¡Mike! ¡Qué bueno encontrarte en casa! No estaba segura de que te estuvieras —comentó una chica morena de ojos enormes y oscuros acercándose por el camino empedrado con un par de cajas de pizza.

Mike se sorprendió por la inesperada visita.

—Sadie... pues acabo de llegar —le respondió sincero mientras caminaban hacia ella.

La bonita joven llegó hasta ellos con una mueca visible al ver a Lacey.

—Lacey... esta es Sadie, trabaja en el Eden's Star, en el hotel...

Lacey asintió sonriendo muy consciente de la molestia que le suponía a Sadie encontrarla allí.

—Ya me iba —le explicó conciliadora.

—Oh, bien —le sonrió Sadie—. Solo he traído dos pizzas —se las tendió a Mike acercándose a él.

Había quedado claro que no la quería allí.

—Con dos pizzas podemos cenar los tres —le dijo él—. Venga, vamos —hizo un gesto para ir hacia casa.

Las dos chicas se miraron a los ojos. Sadie no estaba dispuesta a ceder lo que consideraba su espacio.

—No, mejor me voy y os dejo solos —decidió Lacey incómoda en esa situación mientras los perros los rodeaban.

—Pero ya está oscureciendo —comentó Mike—. Puedo acompañarte a casa —le dijo dispuesto a dejar a Sadie allí con el ceño fruncido como estaba.

—Oh, no hace falta —le dijo Lacey sospechando que Mike no se estaba dando cuenta de las intenciones de Sadie.

—Pero no me gusta que vayas sola por el bosque a estas horas —le dijo serio. No tenía por qué pasar nada. Edentown era un lugar muy tranquilo, pero le estaba costando separarse de ella.

—¿Entiendes por qué quería un perro? —le sonrió Lacey empezando a alejarse.

Mike fue a impedirlo, pero Sadie le puso la mano sobre el brazo doblado que sostenía las

pizzas —No va a pasar nada, es mayorcita —le dijo sonriente—. Y la pizza se enfría.
Mike la vio alejarse y miró a Sadie asintiendo —No tenías que haberte molestado.
—No es molestia —le sonrió ella siguiéndolo al interior de la casa.



Lacey empezó a recorrer el bosque sonriente y confiada. Se sentía bien, segura y a salvo, en Edentown. A veces le invadía un poquito el miedo, pero la ilusión que tenía por sentirse feliz, era mucho más grande. Atrás habían quedado los malos tratos, los insultos, las prohibiciones, los desprecios...

Estaba decidida a que su vida fuera diferente a partir de ahora.

Sonriente llegó a su piso. La soledad y el silencio que encontró al entrar le incomodó ligeramente. Sentía ese mismo silencio sordo cada vez que Mathew la golpeaba o la humillaba. Así que lo primero que hizo fue poner la televisión para tener ruido de fondo, mientras encendía todas las luces.

Se duchó y se puso la camiseta larga que últimamente utilizaba para dormir. Todavía se le notaban en su cuerpo algunas marcas de la última paliza que Mathew le había dado. Pero, aunque no le gustaba vérselas, habían sido por fin el detonante que le había hecho salir de allí.

Abrió la nevera, no había hecho mucha compra así que se conformó con prepararse un sándwich con lechuga, tomate y mayonesa y se sentó frente al televisor. No había nada que le gustara así que después de cambiar de canales una y otra vez decidió que irse a la cama era la mejor opción y se dispuso a ello.

Recordando lo mucho que había disfrutado en el día, oyó que alguien llamaba a la puerta. Se sobresaltó y aunque los primeros pensamientos fueron para Mathew, a la vez pensó que no podía ser posible. Con mucho cuidado se acercó a la puerta. ¿Quizá Megan? No conocía a nadie más.

—¿Quién es? —preguntó insegura.

—¿Lacey? Soy Mike O'Roarke.

—¿Mike? —preguntó ella extrañada abriendo la puerta— ¿Pasa algo?

—Perdona la hora ... no sé qué hora es —se disculpó al sospechar que estaba a punto de irse a la cama—. Pasé por aquí y vi que había luz.

Lacey asintió apoyada en la puerta sin invitarle a pasar —¿Cómo sabías que vivía aquí?

Mike sonrió azorado... —Bueno, preguntando... traje a Sadie a casa y me di cuenta de que no te había pagado —le tendió un par de billetes.

Lacey los miró sorprendida —Podrías habérmelo dado mañana —le respondió ella cogiéndolos.

Mike le sujetó la mano con firmeza al ver las sombras de los moratones en los brazos. Había más de lo que le había parecido ver en el río.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó dándose cuenta de que sus esbeltas y desnudas piernas también presentaban marcas similares.

Lacey sintió que un escalofrío le recorría la espalda y dio un paso atrás alejándose de él —Me caí.

No iba a entrar en más detalles y menos cuando quería olvidar todo lo que había vivido antes.

Mike apretó los labios con fuerza mirándola serio. Ahora aún le parecía más menuda e indefensa.

—Eso no es de una caída —le acusó— ¿Estás bien?

—Sí —le respondió ella medio escondiéndose tras la puerta con intención de cerrarla y no

seguir hablando.

—Escucha... —sujetó con suavidad la puerta—. Si necesitas algo, dímelo.

Lacey asintió seria, sintiendo que era real y sincero lo que le estaba diciendo.

—Mañana nos vemos —le dijo seria, pero agradecida.

Mike asintió y espero a que ella le cerrara la puerta para bajar las escaleras y volver a su casa.

Lacey se quedó pensativa. Esperaba que Mike no diera muchas vueltas al asunto de sus marcas. Entonces sonrió mirando los billetes que llevaba en su mano. Había ido de propio a llevarle el dinero. No quería pensar la decepción que habría sentido Sadie, cuando él decidiera llevarla a casa sin « tomar el postre».

Bueno, bastante tenía ella con pensar en ella misma. Metió el dinero en el bolsillo de la mochila que solía llevar. Seguro que podría sacar algo de tiempo para comprarse algún otro pantalón y un par de camisetas más.



—Ayer alguien tuvo visita en casa —comentó Mildred con una sonrisa enorme doblando unas toallas sobre el recogido mostrador de la peluquería mientras Lacey se ponía su bata en el almacén.

Lacey sonrió —¿Le diste tú la dirección?

—Sí —sonrió Mildred—. Es un buen chico y no sé por qué creo que tú te mereces un buen chico.

Lacey le sonrió agradecida acercándose para ayudarla.

—Sadie le había llevado unas pizzas para cenar juntos.

Mildred negó con la cabeza.

—Sadie es muy buena chica, pero no es para Mike—. No sé cuántas chicas han intentado acercarse a él y él ni las ha mirado... pero me da que contigo va a ser distinto.

Lacey le sonrió sintiendo el afecto de su jefa hacia ella. Pocas veces había tenido cerca una figura femenina. Su madre había muerto en un accidente de tráfico cuando ella era una niña y apenas le quedaban recuerdos. Había sido su padre quien la había cuidado o más bien mantenido hasta que ella se fue de casa para casarse con Mathew. Había pasado de los golpes, insultos y desprecios de su padre cuando abusaba del alcohol, a los de Mathew. Aunque Mathew había esperado hasta poco después de la boda para empezar a tratarla así, y con la misma justificación.

Mildred era un poco rolliza, y su cara redonda, ligeramente maquillada siempre estaba sonriente.

—¿Te sientes bien aquí, en Edentown? —le preguntó con cautela.

Lacey asintió —Es un sitio muy bonito.

La peluquería también lo era, miró a su alrededor. Pintada en tonos pastel y salpicada en contraste con toques de fucsia, como sus batas, irradiaba alegría, amabilidad y bienestar.

—Aquí hay buena gente —le confirmó—, y no hay nada como rodearse de buena gente para ser feliz... no sé por qué me da que tú de ser feliz no sabes mucho...

Lacey se encogió de hombros.

—Pero estoy dispuesta a aprender.

No le había contado nada de su vida y no estaba muy segura de si quería hacerlo o no. La conocía de menos de una semana y aunque le había abierto la puerta de su negocio ofreciéndole un trabajo sin pedirle referencias, y le había puesto en contacto con Megan Saint James, su casera, sentía recelo. Sabía que una peluquería era el perfecto lugar para los chismes y ella no quería

estar en boca de nadie. Prefería pasar desapercibida. Aunque sí que era cierto que no había visto a Mildred hablar sobre nadie y tampoco parecía que fuera una persona propensa a hacerlo.

La puerta se abrió con la primera clienta y las dos la recibieron con una sonrisa.

Lacey dejó satisfecha su ropa nueva recién comprada sobre la cama antes de dirigirse hacia la casa de Mike.

Cuando llegó, él la estaba esperando sentado en las escaleras del porche tirando varias pelotas a los cinco perros que estaban junto a él. Uno de ellos era al que había visto adiestrar el día anterior, y a ese no tenía que cortar el pelo.

Se le veía disfrutar con ellos. Ella se acercó tranquila. Cuando los perros la reconocieron fueron a saludarla moviendo la cola juguetones.

Ella los saludó acariciándoles la cabeza y muy contenta buscó en su mochila las galletitas que les había traído.

Mike también se les había acercado con una sonrisa.

—Hola! Disculpa si ayer te asusté —se disculpó—. No pensé la hora que era... vi luz...

—No te preocupes —le respondió Lacey evitando fijarse en cómo le marcaban los músculos de los brazos la camiseta negra que llevaba.

Ella se dirigió al cobertizo y Mike la siguió. Lacey se puso la bata que había dejado en la percha.

—Hoy voy a empezar por bañar por lo menos a uno de los que corté el pelo —le dijo mientras él asentía.

—He encargado ya una tina para ello, pero mientras llega tendremos que hacerlo a la manera tradicional —sonrió—, con la manguera...

Salieron al jardín alejándose de la casa y del cobertizo para evitar hacer barro cerca.

—Lo cierto es que esto lo podrías hacer tú solo —comentó ella agachándose frente Bingo, que era por el que había decidido empezar.

Mike negó con la cabeza.

—Siempre pueden llamarme para una emergencia y tendría que dejarlo todo a medias, es por lo que nunca me pongo a ello —se justificó.

Lacey se recogió el cabello con una goma que llevaba en la muñeca para evitar que se mojara innecesariamente. Mike apretó los labios con fuerza. En la nuca se apreciaba muy claramente la marca que habían dejado unos dedos por apretar con demasiada fuerza. Suponía que Lacey no sabía que esa marca de que estaba allí y prefirió no decirle nada.

Abrió la manguera para empezar a bañar al perro mientras los demás se interponían entre sí con ganas de jugar.

—¿De dónde eres? No llevas aquí mucho tiempo —le preguntó Mike mojando a Bingo con la manguera mientras Lacey lo sujetaba.

—No, llegué a finales de la semana pasada —le respondió ella consciente de que no le estaba diciendo de dónde venía.

—Qué bueno que Mildred necesitara una ayudante —le tendió el jabón para bañarlo.

—Sí —respondió ella más pendiente del perro que de él.

Mike no dejaba de mirarla. Ella se mostraba reservada y no sabía por qué eso le incomodaba. La mayoría de las mujeres que él conocía eran habladoras por naturaleza y Lacey, que también parecía que fuera así, se tensaba en cuanto intentaba saber algo de ella.

Con mucha destreza enjabonó a Bingo mientras se movía entre molesto y divertido. Lacey sonreía murmurándole palabras bonitas. Mike quiso colaborar frotando al animal. Sus manos se

tocaron. Un escalofrío recorrió a los dos. Se miraron a los ojos. El perro aprovechó el momento en que aguantaron la respiración y escapó de ellos empezando a sacudirse el jabón y el agua.

Los dos se miraron sobresaltados y divertidos irguiéndose. Mike trató de coger a Bingo sin conseguirlo. El perro alborotado, acompañado de sus compañeros caninos, empezó a correr rodeándolos.

Lacey no podía evitar sonreír. Bingo parecía que disfrutaba feliz. Mike también sonreía divertido. Tras varios intentos infructuosos se acercó al cobertizo a por la correa, lo sujetó y atándole corto se la tendió a Lacey mientras él cogía la manguera.

Empezó a mojar al perro para quitarle el jabón. Se miraron de nuevo a los ojos. Bingo volvió a notar el cambio de energía. Y se sacudió entre ellos mientras se alejaba jugueteando con sus compañeros de juegos.

Lacey y Mike se echaron hacia atrás sorprendidos y mojados, riéndose.

—Deberíamos ducharnos —le dijo Mike— Bueno... no pienses mal...

Lacey había contenido la respiración sorprendida.

—No... yo... —se acercó a la manguera de la que salía agua y se lavó las manos y la cara— Así está bien.

El perro volvió sacudiéndose divertido pasando por debajo de la manguera mojándolos todavía más.

—Será posible —exclamó Mike soltando la manguera y yendo a apagarla.

—Voy a por unas toallas por lo menos.

Cuando volvió, Lacey estaba tirándoles unas pelotas a los perros que corrían y se cruzaban entre sí.

Parecía relajada, divertida, y no le importaba estar mojada, bastante mojada. Qué diferente de las mujeres que había conocido hasta entonces. Parecía indefensa, confiada, vulnerable, natural. Y, tenía que reconocerlo, se sentía atraído por ella, o por lo menos, intrigado por lo que la había llevado a Edentown. A fin de cuentas, él también tenía sus propias razones para estar allí.

—Toma —le tendió una toalla de color granate —Aunque sigue en pie la oferta de la ducha sin mala intención —le repitió mirándola a los ojos acercándose a ella mucho más de lo que se suponía que debería hacerlo.

Lacey sintió la proximidad mientras cogía la toalla y sus rodillas empezaron a temblar. Era tan atractivo. Parecía que pudiera abrazarla y perderse entre sus brazos. Levantó la cabeza para mirarle a sus profundos ojos. Bajó la mirada a sus labios. Él se acercó un paso más. Ella se mordió el labio, insegura. Su corazón latía cada vez con más fuerza. Aguantó la respiración.

El sonido de un vehículo avanzando hacia ellos rompió la magia sin hacerlos separarse.

Un coche elegante paró frente a la casa. Mike, consciente del esfuerzo que le suponía alejarse de Lacey, se separó de ella. Llamó con un gesto al perro que había estado entrenando unos días y juntos fueron a recibir al hombre que salía del vehículo.

Lacey los miraba de soslayo mientras se secaba como podía los brazos y la ropa. Vio como tras un apretón de manos el perro subía a la parte trasera del coche cuando su dueño le abrió la puerta y se alejaron.

Mike se giró y sonrió al mirarla. Recordó perfectamente el momento exacto en el que los habían interrumpido. Ella parecía dispuesta a explorar un territorio desconocido, pero también parecía dispuesta a salir huyendo si daba un paso en falso.

Se acercó hasta ella acercándose más de lo socialmente permitido. Bajó la mirada para perderse en sus bonitos ojos.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —le miró los labios, que ella mordía insegura.

Lacey no estaba segura de si esperaba respuesta. Ahí estaba frente a ella, tan alto, tan guapo, tan atractivo... y parecía que quería besarla. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No recordaba que Mathew la hubiera mirado así alguna vez, como si de verdad le gustara y quisiera besarla. No estaba muy segura de qué debía hacer.

El sonido de otro vehículo los hizo mirar a los dos hacia el camino empedrado.

Una furgoneta azul aparcó en la entrada del jardín. Vieron descender a Keith acompañado de su hijo y saludaban afectuosos a los perros que habían ido a recibirlos.

—¡Hola! —les saludó Keith muy sonriente—. Sé que es precipitado, pero hemos decidido preparar una barbacoa ahora en casa, contamos con vosotros.

—¿Ahora? —preguntó Mike yendo señalando sus propias ropas mojadas.

—Te duchas en cinco minutos —le respondió Keith.

Lacey les miraba distante mientras se pasaba la toalla por la ropa. Apenas conocía a nadie así que no se dio por invitada. Dio un paso atrás separándose de Mike.

Mike la miró —¿Quieres pasar por tu casa a cambiarte?

—¿Quién yo? —preguntó Lacey extrañada—. No... yo... no voy a conocer a nadie —se justificó.

—Eso lo solucionarás allí —le sonrió Keith—. Además, a las chicas las conoces.

Lacey fue a replicar, pero no encontró razón que alegar.

—Tendría que pasar por casa...

—Venga, allí os espero... ¡vamos Bob! —llamó Keith a su hijo antes de montarse en la furgoneta e irse por donde había llegado.

—Vamos —le dijo Mike—. Me doy una ducha rápida y vamos a tu casa —le dijo haciéndole un gesto para que le siguiera.

Lacey negó con la cabeza—No, mejor me voy yo y...

—Mientras quieres llegar a tu casa andando, a mí me da tiempo de ducharme y alcanzarte por el camino, así que no es necesario que te des la caminata —le dijo yendo hacia su casa—. Ahora bajo.

Lacey se sentía muy confundida. Apenas conocía a nadie allí. No sabía de qué podría hablar ni qué ponerse... menos mal que se había comprado algo de ropa nuevo... o qué llevaría por cortesía a la barbacoa ¿El postre? Había una pastelería en Edentown con un escaparate muy atractivo...

Vio que Mike la miraba como si esperara una respuesta.

—Perdona, ¿has dicho algo?

Mike sonrió. La veía preocupada y pensativa.

—Decía que... son gente muy agradable, que estarás cómoda...

Lacey asintió sonrojándose. Parecía que le hubiera leído los pensamientos.

Mike negó con la cabeza.

—Lo cierto es que te preguntaba si puedo confiar en ti.

—¿En mí? —preguntó extrañada—. Claro, por qué?

—Porque voy a ducharme y me resultaría violento que te aprovecharas de mí en estas circunstancias.

Lacey se sonrojó violentamente —Yo... no voy a entrar —balbuceó alarmada.

—Será porque no quiere —le sonrió divertido-subiendo las escaleras del porche

Lacey lo vio meterse dentro de su casa. No había tenido más pareja en su vida que Mathew. Y lo había conocido muy joven. Nunca se había planteado la posibilidad de tener otra relación. Nunca se había planteado que podría gustar a un hombre. Nunca había experimentado la atracción

que, tenía que reconocer, sentía por Mike.

Pero era una locura. No podía suceder nada. Mike no sabía nada de ella, de su pasado... y sin embargo parecía que también él sentía algo por ella. Se llevó la mano al corazón. ¿Podía ser posible? Quizá cuando la conociera un poco más se aburriera de ella, pensó recordando los comentarios de Mathew. Quizá no fuera buena idea ir a la barbacoa. ¿Qué pensarían los demás de ella? Sentía que iba a engañarlos. No la conocían. Se sentó dejándose caer abatida en las escaleras del porche.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Mike mirándola mientras salía por la puerta con el pelo oscuro mojado peinado hacia atrás.

Vestía unos vaqueros y una camiseta azul oscuro marcando sus brazos sin poder evitarlo... ¿le quedaban igual de bien todas las camisetas?, pensó Lacey.

Bajó las escaleras con rapidez pasando por su lado.

—Chicos, quedaos aquí—les dijo a los perros que estaban sentados alrededor de Lacey—. Venga, vamos —le tendió la mano.

Lacey no se la cogió y se levantó insegura e incómoda.

—Escucha, no sé si es buena idea —le comentó.

—Ya has oído a Keith —le dijo dirigiéndose hacia su coche aparcado detrás de la casa—. A ti también te esperan.

—Porque estaba aquí contigo, si no, te hubieran invitado a ti solo —le explicó.

—Bueno, tarde o temprano vas a tener que conocer a la gente de por aquí. Además, solo es una reunión de amigos.

—Pero yo no los conozco, son tus amigos —se excusó insegura llegando hasta el coche.

—Cuando yo llegué aquí tampoco conocía a nadie —le dijo Mike abriéndole la puerta para que ella entrara—. Nadie hizo preguntas, les he contado de mi vida lo que he querido, e igualmente me han abierto la puerta. No les ha importado mi pasado... Mira Lacey... —la cogió por las muñecas buscando su mirada.

Lacey se estremeció y lo miró.

—No sé por qué llegaste aquí... quizá buscabas una nueva oportunidad... dátela...

Lacey asintió insegura. Él le dio un ligero y rápido beso en la frente que era donde llegaba su boca con la diferencia de altura. Lacey entró en el coche pensativa.

—Yo.. nunca... —empezó a explicarse cuando Mike entró en el coche.

—No hace falta que me expliques nada —le dijo poniéndose el cinturón de seguridad—. Estamos aquí y ahora, da igual lo que nos ha traído a este momento —arrancó el motor empezando a conducir.

A él tampoco le gustaba hablar de su pasado, de sus motivos para abandonarlo todo, de su reputación arruinada, de su trabajo, de su vida en la ciudad... Se sentía bien con esta nueva vida y no echaba en falta nada de lo que había dejado atrás.

—Enseguida bajo —le dijo Lacey saliendo del coche. Se detuvo sacando las llaves del bolsillo de sus vaqueros... quizá debería invitarle a subir... pero no lo conocía... y no quería sentirse obligada a ello... entró sin querer pensar en nada más.

Subió las escaleras lo más rápido que pudo. Quizá debería permitirse realmente esta oportunidad. Ya había encontrado trabajo, había alquilado un piso... encendió todas las luces conforme entraba... si pretendía empezar de nuevo, quizá eso incluía hacer amigos, aunque no había pensado en ello todavía....

Se duchó con rapidez y mientras se secaba el pelo iba repasando mentalmente qué ponerse. Se

decidió por los vaqueros nuevos y una blusa de manga larga verde. Menos mal que ya a principios de octubre las noches eran más frescas y podía llevar manga larga sin despertar sospechas.

Se vistió con prisa y se dio el visto bueno en el espejo. Se maquilló muy ligeramente y miró la hora. Quizá se había retrasado demasiado.

Bajó corriendo y entró en el coche preocupada.

—Lo siento —se disculpó apoyando la mochila sobre sus rodillas.

Mike la miraba sonriente. En cuanto había entrado el coche había empezado a oler a flores. De repente se empezó a sentirse muy afortunado de llevarla en el coche y de presentársela a sus amigos. Estaba muy bonita.

—Vamos un momento a la pastelería que hay en la esquina de la plaza, por favor —le pidió.

—No hace falta que lleves nada —le dijo él encogiéndose de hombros—. Si hubieran necesitado algo nos lo habrían dicho.

—Oh... da igual, solo es un detalle... —le dijo ella sin darle importancia.

Salió con rapidez del coche en cuanto aparcó y Mike decidió acompañarla. Quería pasear a su lado, que todo Edentown los viera juntos y supieran de la suerte que tenía. La alcanzó justo cuando ella iba a abrir la puerta. Él se la abrió y ella le miró a los ojos sorprendida y agradecida por el detalle.

Carolyn Winter, la dueña de la pastelería, se sorprendió al verlos entrar juntos y discretamente se alegró por ambos.

—¿En qué puedo ayudaros? —les preguntó.

—Eh... —a Lacey se le fueron los ojos hacia las piruletas de chocolate de diferentes formas... —Quería un detalle para dos niños... niño y niña... y unos bombones para su madre, que no lleven licor.

—¿Por qué? —le preguntó Mike echando un ojo a los bombones.

—Por el bebé.

—¿Qué bebé?

Lacey lo miró extrañada —El de Megan...

—Megan no está embarazada que yo sepa —le comentó Mike mientras Carolyn les preparaba una caja de bombones selectos.

—Oh.. me pareció... bueno... —se encogió de hombros avergonzada por haberse equivocado.

—Estos están muy buenos igualmente —les dijo Carolyn—. Estos están rellenos de crema de chocolate, estos de café y estos de menta. A Megan le encantarán.

—Ponme otra caja igual —le pidió Mike.

Carolyn asintió. Lacey disimuló mirando las piruletas de chocolate. Seguro que eran para Sadie... quizá la vieran en casa de Megan, entonces ella ¿Qué pintaba allí?

—Ponme estas dos piruletas —le pidió Lacey señalándole las que tenían forma de elefante, mientras la veía terminar de envolver con mimo y mucho gusto los bombones.

Cuando fue a sacar el monedero de su mochila Mike se le adelantó.

—Cóbramelo a mí —le dijo tendiéndole un billete.

Lacey fue a replicar, pero Carolyn enseguida le cogió el billete.

—Déjate querer —le sonrió a Lacey—. Hay pocos hombres detallistas, así que, si puedo cobrarles a ellos, lo hago —le guiñó el ojo.

Lacey fingió una sonrisa, y cuando le dieron las vueltas a Mike, cogió las piruletas y los bombones que ella había pedido, para salir insegura.

Mike cogió la otra cajita de bombones y siguió a Lacey hasta el coche.

—¿Todo bien? —le preguntó extrañado por el silencio en el que parecía que ella se había

sumido.

Lacey asintió.

—No sé muy bien qué voy a hacer allí —le dijo mientras empezaba a anochecer. Y si estaba Sadie, mucho menos, pensó.

—Ya lo habíamos hablado —le abrió la puerta.

Lacey entró suspirando. Mike se sentó en su sitio y antes de abrocharse el cinturón le dio la caja de bombones.

—Toma.

Lacey la cogió —¿Te la guardo?

—No... es para ti —le dijo Mike con una media sonrisa.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—No sé... porque sí —se encogió de hombros abrochándose el cinturón.

Lacey lo miró sorprendida y miró la caja.

—Pero no tenías por qué.

Mike la miró extrañado —Pero quería hacerlo...

—Pero... —Lacey no sabía qué hacer, qué pensar, qué decir...

—No le des más vueltas —le pidió él—. Es para ti y ya está.

Lacey asintió confundida. Unos bombones... nadie le había regalado nunca unos bombones... un regalo para ella. Para ella. La ilusión de la nueva vida que quería, le recorrió el cuerpo y se transformó en una contagiosa sonrisa.

—¿Puedo abrirlos ahora? —preguntó ilusionada y sonriente.

—Son tuyos —le respondió Mike extrañado.

Mike la observó. Desenvolvió con mucho cuidado el paquete y abrió la caja para mirar con detenimiento la docena de bombones. El olor a chocolate se extendió por el coche.

—¿No sabes por cual empezar? —le preguntó divertido un rato después.

—No... —sonrió Lacey—. Solo los estaba mirando... son tan bonitos...

—¿Tan buenos? —le corrigió él.

—No, míralos... —le enseñó ella—. Tienen unas formas tan perfectas, brillan tanto...

—Mejor sabrán —le respondió divertido—. Vamos a llegar ya.

Lacey asintió y se atrevió a coger uno con forma ovalada. Le dio un mordisco y cerró los ojos para disfrutar del momento y del sabor a chocolate con café.

—Pruébalo, está buenísimo —le dijo dándole la mitad que no se había metido en la boca.

Mike se lo cogió distraído con sus dedos. Se había visto tentado a cogérselo con la boca, pero no sabía muy bien cuántas emociones tenía ella revueltas y no quería asustarla.

Empezaba a sentir que quería mantener una relación con ella, pero no estaba seguro de su predisposición.

Megan los recibió con una sonrisa y los ojos brillantes cuando los vio acercarse tras salir del coche.

—Lacey, me alegro de que hayas venido —le sonrió abrazándola—. ¡Hola, Mike!

—Te hemos traído un detalle...

—No tenías que haberte molestado —le dijo cuando Lacey le tendió los presentes—. Dios mío, ¿bombones? Dime que no son de licor.

Lacey negó con la cabeza mientras Mike la miraba sorprendido

—No... —sonrió Lacey mientras veía que los alcanzaba por detrás un chico muy guapo, tan alto como Mike.

—¡Peter! —saludó Megan—. Me alegra de que hayas venido avisando con tan poco tiempo.
—Ya sabes que solo tienes que llamar —le dijo Peter sonriendo, dándole un beso en la mejilla—. Hola Mike..eh... —miró a Lacey extrañado—. Creo que no te conozco.
—Es Lacey —le presentó Megan—. Trabaja con Mildred en la peluquería, nos puso guapísimas para la boda de Laurel y Nick. Peter Muldoon... tiene una pizzería junto al lago.
Peter sonrió a Lacey asintiendo —¿Hace mucho que vives en Edentown?
—No... la semana pasada —le respondió consciente de lo atractivo y guapo que era.
Mike carraspeó —Vamos dentro, ¿Lacey? —le preguntó.
—Sí, claro, voy con vosotros —le dijo Peter colocándose al otro lado de Lacey.
—¿Esto que es? —le preguntó Jane Muldoon acercándose en cuanto se alejaron—. Mi hermano, ¿interesándose por una chica?
—No tiene nada que hacer —le sonrió Megan—. Mike está coladito por ella, creía que se la iba a llevar a rastras en cuanto ha aparecido Peter.
—¿Mike? ¿Mike haciendo caso a una mujer? —preguntó extrañada Jane—. Eso tengo que verlo —le dijo siguiéndolos hasta el jardín trasero.

La escena que vio Lacey cuando llegaron al jardín trasero le gustó. Se respiraba amistad, confianza, armonía... Laurel Harding estaba junto a su guapísimo y recién estrenado marido hablando con Keith que vigilaba las hamburguesas de la barbacoa. Otro hombre muy atractivo se les acercó aportando su opinión sobre lo que estaban hablando con otra bandeja de carne. Los dos niños jugueteaban cerca con un perrito desgarbado. Y tres gatos miraban desde los escalones del porche distantes y atentos.

Los amigos de Mike se giraron al verlos y los saludaron con aprecio.

Laurel se le acercó en cuanto la vio.

—Nos dejaste preciosas en la boda —le sonrió—. Tenías que haberte quedado.

Lacey sonrió tímida —Gracias...

Laurel se percató de que Mike no se había separado de ella, así como Peter sí que se había acercado a los hombres.

—¿Estás bien en Edentown? —le preguntó mientras Jane también se le acercaba.

—Mike, tranquilo, no nos la vamos a comer —le dijo cínica cogiéndola del brazo y llevándosela a la mesa a medio poner, seguida de Laurel.

Lacey sonrió a Mike y se dejó llevar mientras él le devolvía la sonrisa y se acercaba a sus amigos.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Jane directa.

—¿El qué? —preguntó Lacey mientras se sentaban en el banco de madera.

Jane señaló con la cabeza a Mike.

—Mike no ve más allá de su trabajo.

—Bueno, le estoy cortando el pelo a sus perros. Así nos conocimos... más o menos...

—Jane, no la agobies —le dijo Megan acercándose con dos fuentes de ensalada—. Jane intentó salir con Mike sin conseguirlo, y no tiene buen perder.

Jane le hizo una mueca —No era para mí —miró a su pareja—. Jared sí —sonrió.

—Creo que Sadie, la recepcionista del hotel, también estaba interesada en él —comentó Laurel partiendo el pan que había sobre la mesa.

—Bueno, yo creo que cualquier mujer soltera lo habrá intentado —comentó Jane—. Así que, si lo quieres para ti, cógelo fuerte.

Lacey sonrió divertida ante las tres mujeres que hablaban con ella con tanta confianza. No

recordaba haber tenido muchas amigas, y las mujeres que había conocido mientras estaba casada con Mathew apenas le dirigían la palabra, según Mathew porque sus orígenes todavía eran muy visibles. Quizá ellas no los estaban notando.

—¿De dónde eres? —le preguntó Jane incomodándola visiblemente.

—... Del norte... —respondió sintiéndose mal por no ser sincera. Se mordió los labios nerviosa buscando a Mike con la mirada.

Las tres amigas notaron su incomodidad y la dirección de su mirada.

—Edentown es un buen sitio para vivir —comentó Laurel. Yo llegué aquí después de mi divorcio, y el hotel donde me hospedé es el que hoy dirijo —sonrió—. La vida da muchas vueltas.

—Yo también soy de fuera —le comentó Megan—. Iba sin dirección, buscando un hogar y mira —sonrió con los ojos húmedos señalando lo que le rodeaba y la bonita reunión que habían organizado con sus mejores amigos.

—Estás muy sensible últimamente, Megan —le acercó Jane una de las servilletas de papel que había sobre la mesa—. Te emocionas por todo. Parece que estas...

Jane y Laurel se miraron con los ojos muy abiertos y miraron a Megan esperando confirmación. Megan asintió con la cabeza abriendo los brazos a sus amigas que sentadas como estaban se habían echado encima de ella abrazándola entre risas y gritos.

Los hombres se sobresaltaron y giraron para verlas. Keith se echó a reír.

—¿No habíamos quedado que se lo dirías en el postre? —preguntó divertido y orgulloso.

Las tres chicas se levantaron y Lacey las imitó para acercarse juntas a ellos. Lacey se quedó más rezagada, pero Mike fue a ponerse a su lado abriendo el círculo y haciéndola participe de la alegría.

—Estamos embarazados —les sonrió Megan cogiendo a su marido por la cintura mientras él la besaba en la cabeza sin soltar las pinzas de la carne.

Los hombres también se alegraron y empezaron a repartirse golpes a la espalda y abrazos.

Mike volvió junto a Lacey tras felicitar a la pareja.

—¿Tú cómo lo sabías? —le preguntó en un susurro extrañado.

Lacey se encogió de hombros —Me lo pareció en la boda. Comentó que llevaba varios días levantándose con el estómago revuelto...

—Esto hay que celebrarlo —exclamó el hombre atractivo que había junto a Jane— ¿No hemos traído una botella de champán?

Lacey se tensó al momento. Alcohol. Eso siempre traía malas consecuencias. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Luego brindaremos —les dijo Keith—. Id sentándoos que esto ya está y no quiero que se enfríe.

Mike había notado la tensión momentánea de Lacey pero no sabía exactamente qué le había hecho temblar así. Los demás no parecían haberlo notado.

La cena transcurrió con cordialidad. Los niños tuvieron sus momentos de desobediencia, el perro los rodeaba a ver si caía algo de comer. Hasta los gatos se acercaron discretamente con la misma intención que su compañero perruno. La armonía y la confianza podía respirarse en el ambiente.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Mike a Lacey de vuelta a casa un rato después.

—Sí —comentó Lacey tratando de ahogar un bostezo.

—Estás cansada —confirmó deseando abrazarla.

—Solo un poco —le dijo ella—. Tienes unos amigos geniales...

—Los conozco desde antes del verano—le explicó—. Cuando llegué aquí Nick y Laurel habían adquirido unos caballos para el hotel, y yo empecé a llevarlos. Keith llegó creo que por entonces también.

—¿Son todos de fuera —preguntó curiosa.

—Jane y Peter nacieron aquí —le contó—. Jared llegó para la boda de Nick y Laurel y se quedó cuando conoció a Jane. Peter tiene una pizzería junto al lago, podríamos ir a cenar allí algún día.

Lacey le miró mordiéndose el labio, insegura.

—Yo... no sé si...

—¿Sueles cenar? —la interrumpió Mike.

—Sí, claro —le respondió ella.

—Solo te digo que cenemos juntos —le explicó—. Solo eso.

Lacey asintió sin dejar de morderse el labio.



—A ver si hoy es más fácil bañar a Rocco —le dijo Mike señalando al perro al que ya había cortado el pelo y faltaba por bañar.

La había visto entrar por el camino empedrado y saludar a los perros que habían acudido a recibirla. Hasta la vieja Sally había hecho acto de presencia, aunque se había conformado con levantar la cabeza para mirarla.

Lacey levantó la cabeza al oírlo y le sonrió. Mike sintió que podía ver esa sonrisa todos los días. Decidió acercarse a ella cuando un coche muy elegante entró por el camino y aparcó.

Mike fue hacia él. Ella vio salir a un hombre trajeado con un sobre. Se saludaron con un abrazo afectuoso. Vio a Mike abrir el sobre mientras el hombre trajeado con los brazos en jarras se percató de su presencia. Le comentó algo a Mike. Él la miró sonriendo, le hizo un gesto al otro hombre y se le acercaron mientras Mike seguía leyendo los documentos.

Lacey se percató del parecido entre ellos conforme se acercaban, aunque Mike se veía más fuerte y ancho de hombros.

Ella se puso de pie frente a ellos. Mike se colocó a su lado.

—Lacey, este es Richard, mi hermano —le presentó—Ella es Lacey.

—Encantada, Lacey —le sonrió Richard tendiéndole la mano.

—Igualmente —respondió Lacey ligeramente incómoda.

Suponía que era abogado, igual que Mathew. Vestía igual que él, tenía un coche parecido a él, se movería en los mismos círculos...

—¿Nos conocemos? —le preguntó Richard extrañado.

Lacey se sonrojó visiblemente, se tensó y sus rodillas empezaron a temblar.

—No... no creo —le respondió sintiendo que el pánico le recorría el cuerpo.

Ella no le conocía. No lo recordaba de ninguna de las fiestas a las que había acudido con Mathew, pero tampoco recordaba a mucha gente. Iba a esas fiestas como una mujer florero. Mathew solo le exigía estar guapa, en silencio y sonriente. Ni se relacionaba con nadie ni se movía de su lado. New York era muy grande, y Edentown, aunque no quedaba tan lejos, tampoco quedaba tan cerca. Además, se había cambiado ligeramente el color de pelo, se lo había cortado para no destacar entre la multitud, color normal, largura normal, y ahora no se ponía otras ropas que no fueran vaqueros y leggins con camisetas... nadie podría reconocerla. Pasaría desapercibida en cualquier sitio.

Las dudas empezaron a asaltarla.

—Se me había olvidado... había quedado con Mildred —se excusó ante Mike.

—¿Qué? —Mike la miró levantando la mirada de los papeles que leía y se sorprendió al ver el cambio en su actitud. Parecía que estaba deseando huir.

—Tengo que irme, he quedado con Mildred... mi jefa —le explicó a Richard tratando de parecer convincente mientras se alejaba de ellos.

—¿Le has dicho algo? —le preguntó Mike a su hermano confuso.

—No que yo sepa —se defendió Richard levantando los brazos en señal de rendición—. Esa chica esconde algo.

—Eso ya lo sé —le respondió viéndola alejarse.

—Pues ves a por ella si no quieres perderla —le recomendó—. Dejaremos la celebración para otro día.

—Te debo una —le dijo Mike dándole los documentos—. Tómate algo antes de irte.

—No me debes nada —le sonrió Richard—. Voy a cobrarte. Tengo que pagar mi ático.

Mike sonriendo, echó a correr tras Lacey hasta que la alcanzó.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó preocupado.

—No... se me había olvidado... que había quedado con Mildred.

—No sabes mentir —le dijo Mike—. Te tiembla el labio, te lo muerdes... ¿Qué ocurre? ¿Te ha dicho algo mi hermano?

—No... —bajó la cabeza deteniéndose—. Verás... no quiero hablar de ello... no me conoces... es mejor dejarlo así...

Mike sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Sentía que querían arrancarle algo. Esa sensación le hacía sentir miedo, y ante el miedo no sabía cómo sería capaz de responder.

—¿Dejar el qué? ¿A qué te refieres? —le preguntó.

Lacey negó con la cabeza encogiéndose de hombros —No sé —realmente no había nada entre ellos—. Me iré de aquí... buscaré otro lugar... —siguió andando.

Mike la siguió y la cogió del brazo para detenerla. Fue un segundo. Lacey recordó las veces que Mathew la cogía así cuando ella intentaba huir... lo que venía después.

Lacey se soltó asustada llena de pánico y lo miró a los ojos —No me toques... por favor... — las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas—. Por favor...

Se alejó de él reanudando un paso más ligero.

Mike se había quedado sin habla. Estaba más que acostumbrado a ver el reflejo de los malos tratos en los ojos y actitudes de los animales que cuidaba. Sabía el miedo que sentían, el dolor de no poder defenderse sabiendo lo que ocurriría después.

Ese miedo y ese dolor lo había visto en los ojos de Lacey, y no estaba dispuesto a dejar que lo pasara sola.

Mike la siguió a distancia, en silencio. Lacey se dio cuenta de que la seguía manteniendo la distancia. Poco después cuando las rodillas no pudieron más con la tensión con la que andaba ligera, se detuvo.

Él también. Con una distancia entre ambos. Solo el bosque los rodeaba.

—Yo no voy a hacerte daño —le dijo él sin moverse de donde estaba.

Lacey cogió aire con fuerza. Le estaba gustando Edentown. Podría imaginarse viviendo allí toda la vida. Sabía que huir podía no acabar nunca. Y además tampoco sabía a dónde dirigirse.

Se giró para mirarle soltando el aire retenido.

—Estoy casada —le confesó encogiéndose de hombros—. Me fui de casa. Con lo puesto y

poco más. Mi marido... bueno... ya lo sabes... —le costaba reconocerlo—. No me caí...

—Podemos solucionarlo —le dijo acercándose—. No tienes por qué hacerlo sola.

—No... no tengo familia... mi madre murió cuando era pequeña... mi padre también poco después de casarme con Mathew... no tengo a nadie —le miró triste—. Tampoco sabría dónde ir.

—No tienes que ir a ningún sitio —le respondió cogiéndole las dos manos con suavidad entre las suyas—. Puedes quedarte aquí.

—Mathew puede encontrarme.

—Aquí o en cualquier lugar. Puedes dejar de esperar a que eso ocurra si te adelantas tú.

—No... él es abogado —le explicó.

Mike asintió entendiéndole la incomodidad al conocer a su hermano.

—No querrá manchar su imagen, su reputación... no te imaginas lo que significa eso para él.

Mike sonrió levemente.

—Créeme si te digo que sé lo que es arruinar tu reputación. Hace un tiempo tuve una disputa grave en uno de los concursos de perros a los que yo asistía como veterinario. Vi a un participante maltratando a su perro por no haber resultado ganador. No pude... no quise controlarme. Me denunció y desprestigió entre mis contactos, entre el entorno en el que me movía. Yo también lo denuncié. Mi hermano me traía los papeles con la resolución a mi favor.

—¡Qué bien! Me alegro mucho por ti —le dijo sincera con una sonrisa.

Mike asintió acariciándole las palmas de las manos con sus pulgares.

—Sí, bueno... —sonrió—. También me sirvió para romper con muchas amistades que creyeron las injurias... y con todo lo que conocía. Eso fue lo que me hizo acabar aquí. Y me alegro por ello... Te invito a cenar para celebrarlo —le dijo—. Y mañana si quieres pensamos en cómo solucionar lo tuyo... si decides quedarte aquí.

Lacey le miró esperanzada —Haces que parezca fácil.

—Lo es —le dijo Mike—. No estás sola, Lacey... —le susurró acercándose más a ella.

Lacey sentía que no se podía mover, y no estaba segura de si quería hacerlo. Fue un beso suave, dulce, contenido, respetuoso, pidiendo permiso para llegar a más. Lacey dudó. Calidez, ternura, cuidado, respeto, todo desconocido para ella. No había nadie más. Nada más. Solo los sonidos del bosque ofreciéndoles silencio, intimidad.

—No quiero cuidarte —le susurró entre sus labios.

Lacey se quedó parada conteniendo la respiración.

—Tú te has demostrado que puedes cuidarte sola —le susurró mirándole a los ojos—. No me necesitas. No necesitas a nadie.

Lacey asintió confundida. Quizá tenía razón... era lo que había hecho. Siempre se había sentido sola, y se había tenido que cuidar a ella misma.

—Déjame conocerte —le pidió—. Déjame demostrarte que no estás sola, que este es tu lugar...

Lacey lo miró a los ojos —No sé cómo...

—Confía en mí —le sugirió volviendo a besarla con suavidad conteniendo la pasión que sentía, sospechando que si la dejaba salir la asustaría todavía más.

Lacey asintió dejándose llevar. Se puso de puntillas cuando él profundizó en el beso un poco más, cuando su lengua poco a poco empezó a reclamar su lugar. Mike la abrazó por la cintura acercándola a él. Su pecho duro. Sus labios fuertes. Notó el calor que empezó a invadir su cuerpo. Mike empezó a dar más, a tentarla más. Lacey se abrió a la confianza, a la nueva oportunidad que sus labios prometían.

Mike fue frenando el beso. Sabía que no podría detenerse si le daba más.

La cogió de la mano con una sonrisa radiante.

—Vayámonos a celebrarlo.

—¿Tu resolución? —sonrió dejándose llevar.

—Eso también —le dijo—. Vamos a celebrar lo que empieza hoy... entre tú y yo...

Lacey se sintió orgullosa y extrañada. El parecía realmente contento porque ella estuviera allí, parecía que era real lo que sentía. Apenas la conocía, y no le había pedido nada más. No le había preguntado nada. No necesitaba saber nada para sentirse bien por estar con ella.

—¿Quieres llamar a tu hermano?

—Solo si tú quieres —le dijo él.

—Ha venido de Nueva York de propio.

—Sí —se encogió de hombros—. Pero está en casa y allí tiene de todo.

—No te tiene a ti —sonrió Lacey.

—Bueno, tampoco me necesita —respondió.

—Ni yo, pero quiero estar contigo, supongo que él también ya que ha venido.

Mike sonrió —¿Lo llamo entonces?

Lacey se encogió de hombros asintiendo.

—Vayamos a tomar una pizza —decidió.



Lacey saludó sonriendo radiante mientras entraba por la peluquería a la mañana siguiente.

Mildred le devolvió la sonrisa.

—Vaya, alguien se lo pasó bien anoche —comentó distraída terminando de barrer—. Da gusto verte así.

Lacey no podía disimular la sonrisa ni el brillo de su mirada.

—Fuimos a cenar juntos a la pizzería del lago —le contó sintiéndose cómoda.

—Muy buen sitio —confirmó Mildred—. Peter estuvo viviendo un par de años en Italia y al llegar aquí no tardó en montar el restaurante con todo lo que había aprendido ¿Pediste el tiramisú de postre? Está buenísimo. Los cannoli también... pero eso qué importa —sonrió aún más—¿Qué tal con Mike?

—Muy bien —le dijo ilusionada.

—Me alegro mucho, de verdad... —le respondió sincera—. Es un buen hombre... muy trabajador y responsable.



Al final de la semana siguiente Lacey se encontró a Mike apoyado en su coche, esperándola a la salida de la peluquería. Llevaba un bonito ramo de margaritas que le entregó junto a la mejor de sus sonrisas.

Lacey abrió la boca sorprendida. No recordaba nunca haber sido tratada con tanto cariño y respeto. Llevaban viéndose todos los días pese a que ya había terminado de cortar el pelo y adecantar a los perros. Paseaban juntos por el bosque, incluso habían ido a comprar juntos una mesa y unos bancos de madera para el jardín donde poder cenar al aire libre. Después, cada noche, Mike la acompañaba a casa. Se sentía como la princesa de los cuentos de hadas que recordaba leer cuando era muy niña.

—¡Qué sorpresa! —le dijo ella cogiendo el ramo emocionada.

Mike la besó con suavidad.

—Tenemos que hablar —le dijo con una media sonrisa.

Lacey se irguió muy tensa.

—Eso suena muy mal —le dijo preocupada—. Pero este no creo que sea el sitio.

Si le iba a echar cosas en cara, no iba a ser delante de su puesto de trabajo. No estaba dispuesta a jugarse su nueva vida por nada. No quería tener que volver a su trabajo al día siguiente avergonzada por todo lo que no habían hecho o por todo lo que no sabía hacer. Ya había pasado por eso con Mathew y no iba a permitir que eso volviera a ocurrir.

Mike la miró extrañado. Ella estaba frunciendo el ceño y no sabía en qué podía estar pensando.

—No, claro que no. Este no es el sitio —le dijo moviéndose para abrirle la puerta—. Vamos a cenar.

Lacey lo miró sorprendida.

—¿A cenar?

—Sí, ¿por qué no?

—Tendría que dejar las flores en agua —le dijo ella tratando de alargar el momento de su conversación.

Mike se encogió de hombros asintiendo y le abrió la puerta del coche.

Lacey subió las escaleras a su casa insegura. Ya suponía de qué iban a hablar. Aún no habían mantenido relaciones. Habían estado a punto en varias ocasiones de llegar a ese punto en el que no había marcha atrás, pero Lacey siempre se había bloqueado antes de llegar más allá. Algo superior a ella le impedía relajarse. Ya se había dado cuenta de que Mike no tenía nada que ver con Mathew, pero, aun así, el acto era el mismo y ella no quería estropear las cosas.

Bajó de dejar las flores con los mismos pantalones vaqueros y con un jersey de punto fino de color blanco. El tiempo ya comenzaba a refrescar.

Se dejó llevar hasta la pizzería de Peter que les recibió como siempre con una sonrisa amable y los condujo hasta una mesa para dos apartada del resto.

Lacey notó esa distancia y se tensó de nuevo. ¿Para qué la llevaba a un sitio público si le iba a criticar por las relaciones sexuales que no mantenían? Por lo menos había tenido la decencia de procurar que nadie le escuchara.

—¿Estás bien? —le preguntó Mike—. No has abierto la boca desde que has salido de casa.

—Sí... sí... —respondió Lacey sin mirarle.

—Pareces enfadada, ¿has tenido mal día en el trabajo? —le sorprendió con la pregunta mientras Peter les acercaba la carta.

—No, por qué iba a tener mal día? —le preguntó extrañada.

—Bueno, hay días de todo. Yo he tenido que ir a una granja y me he cabreado con el propietario porque tenía dos cabras a punto de parir y ni se había dado cuenta —le comentó distraído mirando la carta.

—¿Y qué te ha dicho? —le preguntó intrigada por cómo responder ante una persona cabreada.

—Ya me conocen —le dijo él mirándola—. Lo suelo dejar bastante claro desde el principio. Si yo me encargo de unos animales, ellos son lo primero, me da igual quién sea su dueño o a nombre de quién están. Su seguridad, su salud, es lo único que me importa. A quien le guste bien, a quien no, que busque otro veterinario —le respondió apasionado.

—Pero si la gente se enfada contigo puedes tener consecuencias.

Mike se encogió de hombros —Y las he tenido. Pero duermo con la conciencia tranquila. La resolución que trajo mi hermano la semana pasada fue por lo mismo. No es la única demanda que

me han puesto, pero como todas, salgo indemne de ellas porque lo único que persigo es el bienestar del animal, no la simpatía del dueño.

Lacey asintió envidiando la vehemencia con que Mike defendía sus valores y sus ideas. Ella no se sentía tan apasionada con nada.

—¿Actúas así desde siempre? —le preguntó pensativa.

Mike se quedó pensando unos momentos —No, supongo que solo con lo que me importa. En este caso, mi trabajo.

Las mujeres con las que se había intentado relacionar siempre se lo habían echado en cara, pero su trabajo realmente le importaba.

Lacey no se imaginó a sí misma defendiendo nada en la peluquería pese a que estaba muy bien trabajando allí y se sentía aceptada y querida.

Peter les tomó nota. Iban a probar dos pizzas diferentes para poder compartirlas.

Entonces, Mike le cogió la mano mirándola a los ojos. Lacey se mordió los labios insegura. Llegaba el momento...

—No quiero seguir así —le dijo sin preámbulos—. No quiero tener que acompañarte a tu casa cada noche.

Lacey abrió la boca sorprendida ¿La estaba dejando? ¿Por no haber mantenido relaciones sexuales? ¿Estaba acabando la relación y la llevaba a cenar? ¿Ahora es cuando le decía que podían seguir siendo amigos? ¿Y a quien le importaba eso? Sintió una opresión en el pecho que casi no la dejaba respirar. Tonta, tonta, tonta. Se había relajado demasiado, estaba disfrutando tanto de la experiencia, de la complicidad, de lo que ella creía que estaba yendo bien...

Mike apretó su mano llamando su atención.

—Me estás asustando con la cara que has puesto, Lacey, ¿Qué piensas?

—Podías haber esperado al postre —le dijo tratando de soltarse de él sin conseguirlo.

—Por qué? —le preguntó extrañado—. Quiero hablar de esto durante la cena.

—Yo no —le respondió ella molesta—. Creo que no tengo nada que hablar contigo.

Mike le miró sorprendido —¿Por qué no? Creía que estábamos bien.

Lacey le miró extrañada —Yo también —le empezó a temblar el labio y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo no... mira... el sexo... yo no... si es por eso... —se encogió incómoda en su asiento bajando la mirada.

Mike volvió a apretar su mano para que ella le mirara —¿Has dicho sexo? ¿Qué tiene que ver?

—Yo creía que nos iba bien, tú lo has dicho... si vas a dejarme porque no nos hemos acostado, habérmelo dicho antes. Creo que la respuesta hubiera sido la misma, pero por lo menos me lo podría haber planteado...

—¿Dejarte? ¿De qué estás hablando? —le preguntó Mike apretando su mano con más fuerza— ¿Quieres dejarlo?

Lacey le miró extrañada —¿Yo? ¿Por qué? Yo creía que nos iba bien.

Mike se echó hacia atrás nervioso soltándole la mano. De repente había sentido algo así como que le arrancaban un trozo de alma. No se había planteado en ningún momento que Lacey pudiera acabar con la relación que tenían. Se sentía bien con ella, no sentía que tuviera que elegir entre ella y su trabajo. Realmente ella no le había pedido nunca nada.

Dio un trago al agua que Peter les había llevado. No tomaba nada de alcohol en presencia de Lacey porque sabía que eso la ponía nerviosa, pero un trago de whisky en ese momento no le vendría nada mal.

—Lacey... ¿Tú estás bien conmigo? —le preguntó asustado.

Lacey se encogió de hombros asintiendo —Yo estaba bien, eres tú quien de repente quiere

dejarlo.

Mike volvió a cogerle de la mano que aún estaba sobre la mesa en la misma posición que cuando la había soltado.

—No vuelvas a darme esos sustos —le dijo agobiado—. Creía que se me paraba el corazón.

Lacey le miró extrañada y asintiendo.

—No te entiendo —negó con la cabeza.

—No me he planteado nunca dejar esta relación. Esa posibilidad no entra en mis planes y no quiero que entre en los tuyos... si tú no quieres, claro...

Lacey le escuchaba atenta tratando de comprender.

—Quiero dar un paso más.

—Un paso más —repitió insegura mordiéndose los labios de nuevo.

¿Qué paso? ¿Necesitaba decirle con palabras que quería acostarse con ella? Ella estaba casada.

—He hablado con mi hermano, espero que no te moleste —le dijo sin soltarle la mano—. Creo que deberías pedirle el divorcio a tu marido.

Lacey se echó hacia atrás en el asiento, retiró la mano y toda ella pareció que se encogía hasta esconderse del mundo. Negó con la cabeza.

—No puede saber dónde estoy —murmuró—. No lo conoces...

Mike asintió.

—Podemos esperar un tiempo más si quieres, Lacey pero quiero estar contigo, y no quiero que te preocupes por nada. Si nos quitamos de encima a tu marido podemos seguir avanzando.

—Y sin quitárnoslo de encima también, ¿no? —preguntó insegura.

—Lacey, me gusta hacer las cosas bien.

Siempre tan responsable, pensó con una mueca Lacey, sintiéndose a la vez orgullosa de su integridad.

—Os traigo las pizzas —les dijo Peter que había esperado a que acabaran la conversación tensa que estaban teniendo.

—Justo a tiempo —le reconoció Mike disfrutando del aroma que despedían.

Mike cambió de tema hablándole del nuevo perro al que iba a entrenar. Lacey le escuchó en silencio alegrándose por su alegría y su entusiasmo al hablar de su trabajo y de los animales en general. Pero empezó a darle vueltas a la posibilidad real de iniciar ella la separación legal de su fallido matrimonio.



—Llevas todo el día muy pensativa —le preguntó Mildred mientras recogían la peluquería a última hora— ¿Va todo bien?

Lacey se encogió de hombros mordiéndose el labio —No sé qué hacer.

—Si puedo ayudarte...

—Es una decisión que tengo que tomar yo...

—Como todas las de tu vida —le contestó Mildred dejando de barrer y mirándola.

—No... hay veces que otros toman decisiones por ti, creo que yo siempre he estado en esa situación por eso ahora me cuesta tanto tomarlas.

Mildred se sentó en uno de los sofás donde las clientas esperaban y le palmeó el de al lado para que se sentara ella.

—Lacey no tomar ninguna decisión también es tomarla —le dijo cuando se sentó a su lado—.

Hasta ahora quizá has decidido dejarte llevar, ahora puedes decidir lo contrario.

—Y, aun así, si tomo la decisión también siento que lo hago porque Mike quiere que lo haga... creo que yo, por mí no lo haría...

—¿Mike quiere obligarte a algo? —le preguntó con dulzura.

Lacey suspiró profundamente —Verás... estoy casada —le dijo mirándola, esperando encontrar algún reproche en su mirada.

Mildred la miró con la misma dulzura sin cambiar su expresión.

—Me fui de casa porque —bajó la mirada—, bueno... me fui de casa... y Mike me dijo que debía plantearme pedir yo el divorcio para seguir avanzando en la relación...

—Tiene su lógica, ¿no? —le preguntó Mildred.

—Sí... no sé... pero no quiero que Mathew sepa dónde estoy... supongo que no le gustó que me fuera, por el qué dirán y demás... Las apariencias importan mucho en su mundo. Además, es abogado... ¿qué puedo hacer frente a eso? No quiero volver con él.

—No puede obligarte a volver —le respondió Mildred—. Eres libre.

—Ya... pero... he estado con él casi quince años... no sé cómo hacerle frente.

—Bueno, creo que le hiciste frente largándote de casa.

—Huí —le dijo ella bajando la mirada—. Eso no es hacer frente.

—Eso es ser muy inteligente. ¿Qué querías conseguir haciéndole frente de otra manera? ¿Que te matara?

Lacey la miro a los ojos poniéndose muy colorada.

—Te vi las marcas en los brazos cuando lavabas cabezas, también una muy fea que tenías en el cuello, pero no quise decirte nada, Lacey. Necesitabas curar tus heridas hasta que estuvieras preparada para hablar de ellas.

Lacey se derrumbó entre lágrimas. No había hablado con nadie de los golpes, de los insultos, de los desprecios... Creía que nadie se daba cuenta, que, si no lo decía en voz alta, era más fácil de olvidar, como si no hubiera ocurrido.

Mildred la abrazó con cariño dejándola que se desahogara. Lacey se dejó abrazar, al principio incómoda, luego insegura, finalmente confiada.

—Perdona... yo... —comentó cogiendo el pañuelo de papel que le tendía—. No recuerdo haberme desahogado nunca...

—Bueno, cariño, ahora no estás sola —le sonrió Mildred—. Me tienes a mí, y tienes a un guapísimo veterinario que está deseando empezar una vida contigo.

Lacey sonrió triste —Aun así, me da miedo. No sé cómo reaccionará Mathew.

—Si viene aquí a buscarte le estaremos esperando. Esto es una peluquería. Me entero de todo lo que pasa, quiera o no. Así que no te preocupes y ya te ocuparás, o nos ocuparemos, cuando eso suceda. O quizá te conceda el divorcio sin más porque haya encontrado otra mujer.

—¿Otra mujer? —le preguntó extrañada—. ¿Pero la tratará igual que a mí?

Mildred se encogió de hombros —No lo sé, cariño...



Lacey recorrió el camino hasta la casa de Mike pensativa. Estaba decidida a solicitar el divorcio, incluso podría acusarlo de malos tratos para que ninguna otra mujer pasara por lo que ella había pasado a manos de él.

Mike estaba tirando la pelota a los cuatro perros cuando ellos dejaron de prestarle atención y fueron corriendo a saludarla. La vieja Sally, a su ritmo, también caminó hacia ella.

Él sonrió recibéndola con los brazos abiertos.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver sus ojos rojos—¿Has estado llorando?

—Sí, pero no es nada —le sonrió—. Mike, he pensado lo que me dijiste... tienes razón... puedo solicitar el divorcio... incluso podría acusarlo de malos tratos para que nadie pasara por lo mismo que yo...

Mike le cogió por la barbilla con ternura, sintiéndose orgulloso de ella. La besó con cariño. Ella le respondió con alegría, con confianza, con pasión, y Mike se dejó llevar cogiendo a veces la iniciativa, otras veces dejándosela a ella... Él fue el primero en apartarse jadeante.

—Lacey... si seguimos no podré parar —le explicó con voz ronca.

Lacey asintió. Quizá él quería algo más. Tarde o temprano tendría que pasar por eso. Y ese era un buen día. Ella se sentía con más seguridad y fuerza de la que podía recordar en su vida, así que volvió a besarle invitándole con ello a continuar.

Mike se retiró ligeramente tratando de contenerse.

—¿Estás segura?

Lacey sonrió orgullosamente satisfecha porque él la tuviera en cuenta. Sonriendo volvió a besarlo. Quería que él supiera lo confiada y protegida que se sentía a su lado.

Mike lo agradeció en silencio con todo su corazón. Había querido estar con ella desde que la había visto por primera vez en el río, totalmente mojada, y ahora, la atracción física de ese momento había dado paso a algo grande, a algo profundo, a algo duradero, a algo muy real.

Sin dejar de besarla la llevó hasta su dormitorio. Con suavidad le quitó la ropa, antes de quitársela él. Lacey se sentía torpe. Su experiencia le decía que se tumbara y abriera las piernas, pero su cuerpo le pedía tocar, abrazar, besar, y no podía pensar con claridad, no cuando Mike la acariciaba, la abrazaba, la besaba...

Mike notó sus dudas en cuanto se tumbó sobre ella.

—¿Estás bien? —le preguntó extrañado y jadeante.

—Sí, perdona... —le respondió Lacey tratando de regular su respiración—. Solo me dejé llevar, no volverá a pasar...

Mike no entendía sus palabras, pero entonces notó como se tensaba y abría las piernas aguantando la respiración.

—¿Qué haces? —le preguntó extrañado.

—Nada, de verdad —se justificó—. Sigue, por favor...

Mike sintió cómo empezaba a irritarse, intuyendo cómo habían sido las relaciones de Lacey hasta ese momento. Se puso el preservativo con destreza y se dispuso a conducirla donde nunca antes había estado.

—Voy a seguir, Lacey —le susurró besándole los labios con suavidad y firmeza—. Pero tú vienes conmigo —le empezó a acariciar con intención de que se dejara llevar.

Lacey no le comprendió. Trato de luchar con todas sus fuerzas para no moverse, para no sentir, para no perder el control, pero Mike la hacía arder, moverse, gemir... Se rindió a la lucha. Dejó de pensar. Se dejó llevar. Le mordió el hombro ahogando un grito cuando lo sintió dentro, se arqueó para él, quería más... lo quería todo... lo abrazó con fuerza... llegaron juntos y se relajaron juntos entre besos y palabras de amor...

—Siempre será así? —le preguntó Lacey mirando al techo, saciada, satisfecha, enamorada, feliz.

Mike, tumbado a su lado en la misma posición sonrió orgulloso.

—Lo intentaré —giró la cabeza para darle un beso en el hombro.

Le encantó la expresión que reflejaba su cara, su brillo, su sonrisa...

—Supongo que tienes razón.

—Suelo tenerla.

Lacey le miró frunciendo el ceño, pero sonrió al ver su sonrisa burlona mientras le cogía la mano más cercana a él y la sostenía apretándola con fuerza.

—Buscaré un abogado, pediré yo el divorcio. Estaré preparada por si Mathew viene.

Mike le besó la mano con cariño.

—Me parece bien. No tiene por qué pasar nada —le dijo sin creérselo.

Un hombre que había maltratado con anterioridad, además de ser un cobarde, tenía un ego muy frágil y muy poco valor para hacer las cosas con responsabilidad y coraje. No se lo imaginaba capaz de cruzar los brazos y permitir que su mujer lo abandonara. Estaría atento.

—Llamaré a mi hermano —le dijo—. Él puede llevarlo.

—No quiero molestar —le respondió Lacey mientras Mike le volvía a besar la mano.

—Tú no molestas. En todo caso —le guiñó el ojo—, Le molestaré yo —miró la hora—. Ahora mismo, por ejemplo.

Cogió el móvil de la mesilla y le llamó con ella de la mano.



—Mildred... He empezado con los papeles del divorcio —le comentó al día siguiente nada más llegar a la peluquería—. El hermano de Mike se encargará de todo.

Tenía ganas de contárselo, de confiar en ella. Se había sentido tan arropada, tan segura a su lado.

Mildred la abrazó orgullosa y sonriente.

—Muy bien hecho, niña —le confirmó—. Pero habrá que prepararse para cuando venga.

—¿Crees que vendrá? —le preguntó asustada mientras se ponía la bata fucsia.

—Me temo que sí. A los depredadores no les gusta dejar escapar una presa. Pero no te preocupes —abrió un armario—. Toma, llévalo en el bolso... aunque ojalá no tengas que utilizarlo, por supuesto.

Lacey cogió extrañada el pequeño bote de laca que le tendía.

—Nunca se sabe, y echándole laca a los ojos por lo menos le sorprenderás lo suficiente para salir corriendo.

Lacey asintió un poco asustada. Ya había olvidado el miedo, el temor, la angustia que sentía cuando descargaba su frustración con ella.

—Creo que me había relajado demasiado...

—¿Eso crees? No, cariño, solo has estado comprobando que otra realidad es posible, y si quieres disfrutarla tienes que hacerte amiga de ese miedo que sientes y apoyarte en él cuando tu marido venga.

Lacey asintió volviendo a conectarse con su decisión.

—Toma unas tijeras —le dio también—. Espero que no las utilices, pero en tu mochila tampoco ocupan mucho espacio.

Lacey asintió guardándose las.

—Tu marido no sabe que no estás sola —le guiñó el ojo sonriente—. Y ahora tengamos una mañana fabulosa.



Tres días después, Mildred divisó un coche elegante desde el escaparate de la peluquería. Se tensó y respiró profundo. Podría equivocarse, pero rara vez lo hacía. No era normal que un coche de esa clase apareciera a finales de octubre, totalmente fuera de las fiestas estivales.

Ni siquiera eran turistas los que volvían a casa a festejar el día de Acción de Gracias que se celebraría en breve.

Suponía que no tardaría en tener una visita. En un pueblo pequeño si querías enterarte de algo el primer sitio al que ibas era a una peluquería. Aunque había alguna más en Edentown, la suya era la más cercana al domicilio de Lacey, que suponía que figuraría en la documentación que él habría recibido.

Jane Muldoon estaba bajo el secador ojeando una revista mientras el color penetraba en sus mechas. Y la señora Adams era demasiado mayor para enterarse de nada.

Terminó de cobrar a la señora Robbins, la dueña del supermercado de la esquina, y se dirigió al almacén donde Lacey estaba terminando de meter en la secadora las toallas mojadas.

—A ver, Lacey, creo que ha venido —le susurró con voz tranquila.

—¿Quién? —preguntó distraída.

Mildred la miró fijamente para que entendiera. Lacey aguantó la respiración mientras sentía que las rodillas le temblaban.

—Quédate aquí dentro. Supongo que no tardará en aparecer. Llama a Mike por si acaso.

Lacey asintió temblorosa.

—Quizá solo me dé los papeles firmados y se largue —pensó en voz alta.

Mildred la miró con las cejas enarcadas —¿De verdad crees eso?

Lacey se encogió de hombros.

La puerta se abrió y Mildred salió pisando fuerte.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Mildred seria al hombre joven, delgado y trajeado que acababa de entrar.

—Busco a una mujer —sonrió fingiendo amabilidad con su sonrisa y desmintiéndola con la mirada.

Mildred asintió —Esto es una peluquería. No sé si este es el mejor sitio —le dijo señalando a las dos clientas que estaban distraídas, ajenas a lo que ocurría.

—Bueno, aquí en la peluquería, usted se enterará de todo.

—Pero luego no lo comparto con nadie, es la garantía para que las clientas vuelvan.

—Es una mujer pequeña, con el pelo muy largo y castaño claro. Llegaría aquí hace mes y medio poco más o menos.

—No he visto ninguna mujer pequeña con el pelo muy largo y castaño claro —le respondió sincera—. Pero podría ir a la comisaría al final de la segunda calle. Es probable que allí sepan algo.

Mathew la miró serio empezando a enojarse.

—¿Y por qué será que no la creo? —le preguntó con los brazos en jarras.

—Pues usted sabrá —le respondió ella—. Pero ese es su problema.

—¿Mi problema? ¿Por qué iba a ser un problema? No sabe por qué la estoy buscando.

—No y, además, no me importa.

Mathew avanzó agresivo hacia ella, pero Mildred no se movió. Apenas pestañeó.

—¿Con que esas tenemos? —le preguntó mirándola fijamente.

—Perdón ¿pasa algo? —les preguntó Jane que había salido de debajo del secador preocupada. Mildred miró despectiva a Mathew de arriba abajo.

—No, Jane... este... señor... ya se iba —le dijo Mildred seria sin quitarle el ojo de encima.

—¿Y si no quiero? —le preguntó mirándola fijamente.

Jane notó como su ira fácilmente inflamable hacía acto de presencia y lo apartó de un empujón hacia atrás para ponerse delante de Mildred. Mildred era una mujer mayor. Se merecía más respeto.

Mathew trastabilló porque no se lo esperaba y miró agresivo a Jane. Fue directo a atacarla, pero las dos dieron un paso al frente.

—Lárguese ahora mismo —le amenazó Jane con furia— si no quiere tener problemas con una funcionaria del estado. Puedo ordenar que le detengan ahora mismo. Y no vuelva a entrar aquí.

Mathew miró a las dos mujeres con rabia.

—Esto no quedará así —les amenazó.

—Por supuesto que no —le dijo Jane dando un paso hacia él—. Las cámaras lo han grabado todo —señaló la pared sobre los secadores—. Así que si este local o esta mujer —señaló a Mildred—, sufre algún percance ya sabremos a quien hacer responsable.

Mathew las miró con desprecio y salió por la puerta. Hasta que no lo perdieron de vista no variaron su actitud ni se movieron.

—¿Quién era ese? —preguntó Jane extrañada como si hubiera sido una tontería sin importancia.

—¿Funcionaria del estado? —le preguntó Mildred sonriendo—. Eres bibliotecaria.

—Bueno, él no lo sabe —se encogió de hombros mientras Lacey salía temblorosa del almacén.

—Lo siento —les dijo en voz baja mordiéndose los labios y retorciéndose las manos, nerviosa.

Las dos se giraron dando la espalda a la puerta.

—No sé qué ha sido esto, pero no te preocupes —le dijo Jane apretándole el brazo con la mano.

—Además, ahora tengo cámaras en la peluquería —sonrió Mildred burlona.

Jane sonrió —Me pareció una buena idea —se encogió de hombros. De algo tiene que servir leer tantos libros... se me ocurren buenas ideas... pero no sé quizá deberías llamar a la poli...

La puerta se abrió de repente.

—¡Estás ahí! —acusó Mathew haciendo que Mildred y Jane se pusieran delante de Lacey.

Lacey salió de detrás de ellas.

—Sí... ¿traes los papeles firmados? —le preguntó tratando de ocultar la inseguridad que sentía sin conseguirlo.

—Lárguese de aquí —le ordenó Mildred—. Voy a llamar a la policía —marcó el número en su teléfono.

—¿Creías que te podías esconder de mí? —le preguntó Mathew ignorando todo lo que no fuera Lacey— ¿Creías que bastaba con cortarte el pelo, oscurecértelo —la miró de arriba abajo—. ¿O vestirte de forma vulgar?

Ella se encogió de hombros —Me has encontrado porque te envié la documentación con mi dirección —le confirmó mientras Mildred llamaba a la policía.

—Esto no va a quedarse así —les amenazó cuando oyó a Mildred colgar.

Salió de la peluquería con urgencia dejándolas allí.

Lacey sintió que las rodillas le fallaban y se sentó en uno de los sillones libres mientras Mildred y Jane la acompañaban.

En ese momento Mike entró por la puerta casi sin respiración.

—He venido corriendo, ¿qué ha pasado? —preguntó arrodillándose frente a Lacey y cogiendo

su mano.

—Ha venido a por mí —le susurró—. Te dije que vendría.

Mike asintió —Sabíamos que vendría —le dio un beso en la mano—. Vamos a casa... Mildred...

—Sí, sí, llévatela a casa, hablaré con la policía cuando venga y la enviaré a tu casa para que hablen con ella.

—Gracias —les dijo a Mildred y a Jane ayudando a Lacey a levantarse. A Jane volvió a mirarla extrañado por el papel de plata que llevaba en el pelo, pero no dijo nada.

Cuando salieron Jane se miró en el espejo.

—Oye, aún con esto en el pelo parece que tengo autoridad.

—Es que eres una funcionaria pública —le respondió Mildred asintiendo.

—Espero que esto acabe bien —comentó Jane intranquila.

Mildred suspiró mientras se aseguraba de que la anciana señora Adams seguía ojeando una revista, ajena a lo que había ocurrido.



—Ya han pasado tres días —le dijo Lacey a Mike mientras entraba en la cocina donde él estaba tomándose un café apoyado en la encimera—. Deberías volver a tu trabajo de manera normal, no solo atender a urgencias.

Mike la miró pensativo y asintió. Era la primera vez en su vida que una mujer le pedía que volviera al trabajo y no se quejara de las veces que la dejaba sola por atender las urgencias a cualquier hora.

—Sí, no podemos seguir esperando a que se mueva —le dijo acercándose a abrazarla—. Pero tienes que asegurarme que no estarás sola nunca hasta que lo detengan o se largue.

—Tenía que haberlo denunciado por malos tratos... así ahora tendría algo a lo que agarrarme...

—Bueno, ya pasó, entonces tenías miedo y no sabías qué hacer.

—Ahora también tengo miedo —reconoció.

—Pero ahora sabes qué hacer y no estás sola —le recordó—. Este es tu territorio, no el suyo.

Lacey asintió —Creía que tendría más seguridad en mí misma, pero no es así.

—¿Y te extraña? —le preguntó—. Tienes a un perturbado que no entiende que no quieras vivir con él. Eso asusta a cualquiera.

Lacey asintió no muy convencida.

—Cuando empezaron a desprestigiar mi nombre y yo empecé a perder clientes, también me sentí impotente, inseguro... no me creía lo que estaba pasando... decidí alejarme de todo, ya lo sabes... pero alejarme no fue rendirme... fue coger fuerzas, seguridad y defenderme con la ley en la mano. Podía haberme quedado en Nueva York enfadándome, tratando de demostrar mi inocencia, injuriándole a él o a saber hasta dónde hubiera podido llegar. Te aseguro que fue la mejor decisión que tomé. Alejarme, que no huir. Eso mismo estás haciendo tú. Como suele decirse «el cementerio está lleno de valientes» ... Hiciste lo que mejor se te ocurrió en ese momento, y —la besó con suavidad—, me alegro por ello.

Lacey se sintió reconfortada. Realmente había pensado huir y no afrontar nunca su situación, pero las cosas habían cambiado. Le gustaba su nueva vida, su libertad, su trabajo, sus nuevos amigos... Mike... y si tenía que plantar cara y defenderse realmente estaba dispuesta a hacerlo. Ahora que había empezado a verse a sí misma con otros ojos, había descubierto que quizá no era

tan débil como siempre había pensado.



A la mañana siguiente, salió a terminarse el café sentándose en las escaleras del porche mientras los tres perros la rodeaban tumbándose tranquilos. Mike acababa de irse hacia su trabajo. Habían decidido volver a la normalidad, aunque ella iba a tomarse quizá un día más para exponerse.

Lacey tomó aire disfrutando de la paz que le rodeaba. Nunca se había podido imaginar que existiera una realidad que no conocía y de la que no querría alejarse. Se veía viviendo allí, disfrutando allí...

Rocco levantó la cabeza alerta despertando a los demás perros y salió disparado hacia el camino de piedra, parándose a oler el aire. Los otros tres perros lo miraban atentos, incluso la vieja Sally levantó la cabeza gruñendo entre dientes.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lacey. No tenía por qué pasar nada, se recordó. Bingo y River llegaron hasta Rocco mientras la vieja Sally se levantó y junto a Susie se quedaron alertas cerca de Lacey gruñendo, mostrando sus dientes. Bingo y Rocco empezaron a ladrar.

Lacey se levantó mientras las dos hembras que se había quedado con ella la rodeaban nerviosas.

—Chicos... venid aquí... —se acercó a los perros que habían empezado a mostrar sus dientes gruñendo.

Lacey sintió un escalofrío recorriendo su espalda. No veía a nadie entre los árboles, pero los perros, los cinco, estaban tensos, alertas, preparados...

Entonces vio a Mathew acercándose serio, frío, con la misma ropa de la última vez, con ojeras, totalmente despeinado y descuidado. La estaba señalando con el dedo.

Lacey pensó en salir corriendo, pero supuso que eso le serviría de invitación a perseguirla. Esta vez no iba a huir. Este era su terreno...y las rodillas le temblaban, así que tampoco llegaría muy lejos.

Separó ligeramente las piernas, intentando mantenerse fuerte, y puso los brazos en jarras. Los perros no paraban de ladrar y de mostrarle los dientes. Ella nunca los había visto así. Parecían dispuestos a atacar.

Mathew los miró y no se atrevió a acercarse más.

—¡Tú! ¡Me has hundido la vida! —la acusó con la voz potente, agresiva y muy alta para que sonara por encima de los ladridos.

Lacey negó con la cabeza —Yo no he hecho nada —se defendió.

—¡Eres mi mujer!

—Ya no —le dijo ella—. No quiero serlo. Firma los papeles y lárgate.

—Te saqué de casa de tu padre que era un alcohólico. Quisiste venirte conmigo.

Lacey asintió —Sí, pero eso no justifica tus malos tratos.

Él rió cínico —¿A ti qué más te daba quién te pusiera la mano encima, si tu padre o yo?

—Me cansé —le respondió Lacey entre los ladridos.

—Vuelve conmigo —le exigió—. Me has avergonzado delante de los socios del buffet, de nuestros amigos.

Lacey negó con la cabeza —Tus amigos... no me importa. Firma los papeles y lárgate. Haz tu vida. Ya no puedo alegar malos tratos a la causa del divorcio porque tenía que haberte denunciado antes, pero la policía ya sabe que estás aquí así que es mejor que te vayas.

Mathew dio un paso adelante y los perros aún parecieron más agresivos que antes.

—Diles que se vayan —le ordenó tremendamente furioso.

Lacey negó con la cabeza manteniendo firme su mirada.

—No voy a irme sin ti —le amenazó.

—No vas a irte conmigo —le respondió sintiendo una enorme fuerza naciendo de su interior—.

Yo no te quiero. Tú no me quieres. Es tan fácil como no volver a vernos.

La destartalada furgoneta azul de Keith frenó en seco y él saltó de ella alarmado por los ladridos de los perros. Los había oído desde su casa, había llamado a Mike para confirmar que no ocurría nada. Él le había dicho que Lacey estaba sola y no necesitó escuchar más. Se acercó lo más rápido que pudo.

Evaluó la escena en un segundo. La tensión y el miedo reinaban en el ambiente.

—¿Todo bien, Lacey? —le preguntó sin quitar la vista a Mathew.

Con lentitud empezó a caminar hacia él. Sabía que Lacey estaba bien protegida con sus perros.

Mathew miró a Keith empezando a asustarse. Su mirada era implacable. Parecía que estaba dispuesto a cualquier cosa. Había pensado que Lacey estaría sola. Había esperado a que el hombre que la tenía en su casa se alejara lo suficiente para poder acercarse él. No contaba con que apareciera nadie más.

—Sí —le respondió ella viendo llegar a Mike en su coche. Frenó en seco junto a la furgoneta y bajó alarmado y enojado por partes iguales. Vio a Lacey protegida por los perros, que ni al verlo a él se separaron de ella. Miró a Keith, agradeciendo con una mirada su presencia allí, y miró a Mathew con todo el desprecio que sentía dentro.

—Este no es tu sitio —le avisó, frío e implacable.

—Tampoco es el de ella —les respondió empezando a manifestar la inseguridad que sentía.

—A la vista está que sí —le contestó Mike señalándola.

Ahí estaba erguida, firme, poderosa, rodeada de quienes estaban también dispuestos a defenderla.

Mathew echó un último vistazo a Lacey rodeada por los perros y huyó corriendo por el bosque.

Mike hizo un gesto a los perros y salió corriendo tras ellos seguido de Keith.

Lacey vio a todos alejarse y las rodillas dejaron de sujetarla, se dejó caer sobre la hierba mientras intentaba regular la respiración. Su cuerpo empezó a temblar sin poder evitarlo. Había sentido miedo, pánico nada más verlo. Pero inmediatamente se había sentido protegida, cuidada, segura. Los perros le habían recordado que estaba a salvo. Se había sentido incluso valiente, con ellos y con ella, que ahora ya sabía lo que quería y de lo que no se iba a alejar.

La vieja Sally volvió con ella y se sentó a su lado apoyándola en silencio.

—Ha huido por el río —le explicó Mike nada más llegar y abrazarla envolviéndola con sus fuertes brazos—. Keith ha ido a avisar a la policía. Escuchó ladrar a los perros, me avisó y se acercó por si pasaba algo.

Lacey asintió preocupada.

—Volverá.

Mike asintió firme.

—Sí. Pero igual que ahora no te ha puesto la mano encima, no volverá a hacerlo. No quiero que vayas sola a ningún sitio. Trae tus cosas aquí, no quiero que estés sola en tu piso ni un día más.

—Estar aquí no garantiza que no vuelva.

—Lo sé... pero aquí están los chicos —señaló con un gesto de la cabeza a los cinco perros que ya estaban tumbados tranquilamente en la hierba como si nada hubiera pasado—. Puedo seguir

unos días más dedicándome solo a las urgencias hasta que lo detengan.

Lacey no sabía qué hacer. No se sentía cómoda trasladándose a la casa de Mike. ¿Y cuándo todo acabara? ¿Tendría que recoger sus cosas y volver al apartamento? No le gustaba la idea.

Sabía que debía pensar en el presente, sabía que no estaba sola, sabía que la relación podía tener futuro, pero no quería forzarla y menos porque ella se sintiera incapaz de defenderse.

—No sé qué decirte, Mike... —le confesó—. Por una parte, siento que tengo que superar esto sola...

—Pero no estás sola —le explicó él— ¿A quién quieres demostrar que eres valiente? No necesitas demostrárselo a nadie. No cuando tu vida corre peligro. Fuiste valiente al largarte, fuiste valiente cuando te metiste en el río sin saber nadar para rescatar a River, fuiste valiente cuando te diste la oportunidad de empezar una nueva vida, una nueva relación. No creo que nadie dude de tu valentía —le besó con cariño la cabeza, apoyando la barbilla en su frente—. Ni tú deberías hacerlo.

Lacey se sintió reconfortada con su abrazo y sus palabras.

—No sé si se trata de demostrar o se trata de terminar esto como empezó...

Un coche de la policía aparcó en la entrada. Una pareja de policías salió junto con Keith y se acercaron a ellos para tomarles declaración.



—Ya sabes que no me parece bien que te quedes aquí sola —le dijo Mike bastante molesto frente a la puerta de su apartamento.

Lacey miró a su alrededor. La calle estaba desierta, pero seguía igualmente transmitiendo calma. Los negocios ya estaban cerrados pero la iluminación de los comercios y las pequeñas lucecitas que salpicaban los árboles, le inspiraban tranquilidad.

—Ya lo sé, pero ya es tarde. Mathew no creo que vuelva hasta dentro de unos días, y lo cierto es que creo que necesito estar sola —sonrió sin alegría—. Se me hace muy raro que ahora necesite que alguien me proteja... Cerraré con llave y con la cadena que Megan ordenó poner ayer.

—Lacey... —bufó Mike—. No me vengas con eso... sé que no necesitas que alguien te proteja, sé que tú puedes salir de esto, que eres fuerte, que eres valiente... claro que puedes estar sola... pero... no me siento tranquilo...

Mike se sentía impotente. No quería obligarla por mera imposición a permanecer a su lado. No quería hacerle ver que una mujer sola, por fuerte que fuera, podía estar en una situación vulnerable si un loco desequilibrado quería hacerle daño. Ella todo eso ya lo sabía. ¿Por qué se empeñaba en pasar por este momento sola...si no estaba sola?

—Tendrías que haberte traído a River —le comentó rindiéndose.

—Ya sabes que yo quería un perro —le sonrió ella recordando el inicio de su relación.

—Sí, un perro pequeño.

—El piso no es grande, no hubiera estado bien aquí. Podría traerme a Susie, pero está tan a gusto corriendo por el terreno de tu casa...

—Bueno, ya lo discutiremos mañana —aceptó—. Me paso a verte antes de abrir la consulta.

La besó con suavidad al despedirse.

Lacey sonrió y encendió todas las luces de la casa antes de ponerse la televisión para tener

sonido de fondo. La resultó extraño que, en casa de Mike, pese a ser más grande, no necesitaba tener todas las luces encendidas. Estaban los perros que les alertaban de cualquier movimiento y que la habían defendido como nunca había visto, y estaba él que la respetaba, la cuidaba... quizá la amaba.

Lacey suspiró. Quizá era ella la que le amaba a él, la que se sentía protegida y muy a gusto entre sus brazos, la que estaba deseando verlo a todas horas, la que sentía mariposas en el estómago cada vez que sonreía, cada vez que él la miraba, a cada paso que daba cuando se le acercaba...

Pero no quería depender de él. No habían hablado del futuro, no habían hecho planes, se estaban conociendo, solo eso... y ella no quería confundir sus sentimientos o que los confundiera él. Mike siempre estaba dispuesto a proteger a los débiles, a los indefensos... y ella no quería sentirse como una responsabilidad más en su vida. Quizá cuando pasara algún tiempo, su relación empezaría a afianzarse. ¿Pero cuánto tiempo? Tampoco eran niños que tuvieran que dar explicaciones a sus padres, o que no supieran bien lo que una relación implicaba.

Cogió la mochila que había dejado sobre la mesa del salón para colgarla en la entrada cuando oyó un sonido en la puerta. Sonrió segura de que Mike volvía para hacerle cambiar de opinión y abrió... sin mirar...

Mathew entró de un empujón haciéndola retroceder asustada y cerrando la puerta tras de sí.

—No esperaba que me lo pusieras tan fácil —le dijo con los ojos desencajados, con el traje arrugado y aún mojado de haber huido por el río.

Lacey se había alejado de él, dejando entre ellos la pequeña mesa del salón.

—Vete —le dijo notando como el miedo y el sobresalto inicial se habían convertido en fuerza y determinación—. No lo estropees más. Aquí no tienes nada que hacer.

—Me humillaste —le acusó apagando la luz del pasillo.

—No, solo me respeté —le respondió Lacey—. Tú me humillabas cada vez que me tenías cerca.

—No parecía importarte —le recriminó acercándose, rodeando la mesa con fría calma.

—No sabía que la vida podía ser diferente —se excusó ella alejándose en sentido contrario alrededor de la mesa sujetando fuerte su mochila.

—Qué bonito... ¿Crees que el tipo con el que vas, te va a tratar mejor? —le siseó entre dientes—. No me hagas reír. Quiere lo que todos. Que abras las piernas y te calles. No vales para nada más. Tu padre tenía razón en eso.

Lacey recibió la puñalada a su orgullo y le recordó los años de humillaciones, golpes y desprecios que casi la habían anulado, pero se recordó que estaba allí, que había conocido a personas que parecía que la apreciaban, que la respetaban... Mike, Megan, Jane, Mildred... Mildred... Un atisbo de esperanza surgió en ella. Empezó a abrir su mochila con mucha lentitud mientras seguía rodeando la mesa.

—Si solo me querías para eso, podías haber encontrado a otra.

—No es fácil encontrar otra mosquita muerta como tú —le dijo sin dejar de mirarla consciente de que se estaba acercando a la puerta.

Lacey se giró para huir, pero Mathew se le avalanzó cogiéndola del brazo y empujándola contra la puerta por la que pretendía salir. Lacey se soltó como pudo y corrió hacia el dormitorio, que era lo más alejado en el minúsculo piso.

Mathew, con una sonrisa cínica, la siguió con calma apagando la luz del salón. Supuso que ella estaba corriendo algún mueble para bloquear la puerta a juzgar por el ruido que hacía. Pasó por la cocina y se detuvo unos segundos para coger un cuchillo. Con mucha calma y satisfacción apagó la

luz para dirigirse al dormitorio. Se fijó en el cuadro de luces y decidió apagar el interruptor. Solo la luz de la calle se filtraba por las ventanas.

Lacey se quedó totalmente a oscuras.



Mike resopló molesto. Giró sobre sus pasos. No estaba dispuesto a que Lacey se expusiera de esa forma para probar que era valiente, que era fuerte o cualquier otra tontería que se le hubiera metido en su bonita y terca cabeza.

Él la quería. La quería, y quería protegerla, porque él protegía a los suyos. No porque no fueran capaces de protegerse solos. Estaba claro que sus perros podían, que Lacey podía. Él los protegía porque los amaba, era él quien los necesitaba, quien quería hacer lo que fuera posible para que se sintieran confiados, seguros, respetados.

Quizá no se lo había dicho a Lacey. No. No le había dicho que la amaba, que la necesitaba, que la quería siempre a su lado, que no podría vivir con la conciencia tranquila si le pasaba algo por no reconocer la necesidad que tenía de ella. O quizá no era necesidad, la amaba y punto. Y ya era hora de dejárselo claro.

Llegó frente al piso de Lacey y miró hacia las ventanas vio todo apagado y su corazón dio un vuelco. Sabía que Lacey dormía con la luz encendida.

Echó a correr rezando que no fuera demasiado tarde. Empujó la puerta la abajo con una fuerza que no sabía que tenía, fruto del miedo y la desesperación y subió las escaleras de dos en dos, a oscuras.

Entonces alguien se le echó en los brazos bajándolas en sentido contrario. ¡Lacey!!

—¿Estás bien? —preguntó asustado.

—¡Está arriba!—jadeó nerviosa queriendo huir—¡Se me echó encima! Me defendí...

Mike miró hacia arriba.

—Llama a la policía —le dio su móvil antes de subir escaleras arriba como un huracán dispuesto a todo mientras Lacey corría hacia la calle.



—¿De verdad? —le preguntó Laurel pasándole el guiso de judías verdes a Jane.

Lacey asintió encogiéndose de hombros mientras se servía una cucharada del espeso y sabroso puré de patatas que había preparado Megan —Recordé que llevaba el bote de laca que me había dado Mildred y las tijeras.

Mike sonrió mientras terminaba de trincar el pavo relleno. Habían decidido celebrar en su casa el día de Acción de Gracias con sus amigos, su familia. Aunque aún no se lo había dicho a Lacey, él tenía claro que ese era un buen día para comenzar una maravillosa vida juntos, agradecidos por tenerse el uno al otro, agradecidos por la vida, por el futuro por delante, por las sonrisas, y por todo lo que, seguro, estaba por llegar.

—Cuando entré estaba tumbado en la cama gritando, sujetándose el brazo con la mano mientras las tijeras le colgaban y los ojos medio cerrados totalmente rojos. Fue humillante.

Sonrió a Lacey mirándola orgulloso. Se sentía muy afortunado por estar con ella, y muy satisfecho porque ella misma hubiera sacado de su interior esa fuerza que no sabía que tenía.

—Yo que entro todo dispuesto a salvar a la princesa del dragón, me encuentro con una lagartija retorciéndose.

—Las princesas de ahora, se salvan solas —le explicó Laurel sonriendo muy feliz por la

transformación que había visto en Lacey.

—No seré yo quien lo discuta —le respondió Mike levantando las manos en señal de rendición antes de seguir repartiendo el pavo.

—Y se ayudan unas a otras —sonrió Jane mirando a Lacey contenta porque hubiera encontrado su lugar en Edentown junto a Mike.

—Lo que haga falta —levantó Megan su copa de agua para brindar mientras ponía su otra mano en su vientre.

—Oh, vamos —les dijo Peter con una sonrisa mientras bajaba la copa medio vacía después del brindis—. Estáis acabando con nuestra fantasía masculina de ser un super héroe y salvar y proteger a una dulce mujer indefensa...

—No hay mujeres indefensas —le dijo Keith divertido mirando a las mujeres sentadas a la mesa, incluida su hija pequeña—. Solo mujeres que aún no han descubierto su poder —le guiñó el ojo a Lacey.

—¿Y en qué lugar nos deja eso a nosotros? —preguntó Nick burlón para después recibir un suave beso de su esposa, Laurel.

—Yo me conformo con que las mujeres necesiten un abogado —sonrió Richard cogiendo la salsa de arándanos que le pasaba su hermano.

—Asumidlo, hombres —les dijo Jane—. Estamos con vosotros porque queremos estarlo, no porque os necesitemos.

Jared levantó la copa de nuevo —Pues brindemos porque sepamos cómo convencerlos para que sigáis queriendo estar con nosotros —le guiñó el ojo con complicidad a Jane.

Brindaron con una sonrisa.



Lacey y Mike vieron alejarse los coches de sus amigos abrazados. Mike le besó en la cabeza apoyando la barbilla en su frente. Estaba a punto de anochecer y la brisa soplaba ligeramente confirmando la presencia del otoño.

—No te puedes imaginar el miedo que pasé cuando vi las luces apagadas —le murmuró—. Sé que han pasado ya dos días, pero no me lo quito de la cabeza.

—Pues deberías olvidarlo. Se lo llevó la policía, habrá que ir a juicio y ya está, pasaremos página —le dijo ella caminando abrazados mientras los perros los rodeaban jugueteando—. Aún no me has dicho por qué volviste.

Mike se detuvo y se puso frente a ella serio. Tomó aire y lo soltó despacio mientras le cogía las manos.

—Volví para convencerte de que ... yo sabía que no me necesitabas... yo era quien te necesitaba a ti... te necesito... no..., te quiero... te quiero a mi lado... te quiero conmigo... te quiero en esta casa... te quiero en mi cama... te quiero en todos y cada uno de los días de mi vida, Lacey. Te amo— se arrodilló frente a ella sacándose una cajita del bolsillo.

Los perros aceptaron esa invitación a jugar y los cuatro se pusieron entre ellos jugando, haciéndoles perder el equilibrio entre risas.

—Oh, vamos, chicos...—les suplicó Mike.

Cogió la pelota que le dio Bingo y la lanzó todo lo lejos que pudo haciendo que los cuatro perros salieran corriendo. La vieja Sally se había conformado con levantar la cabeza desde donde estaba siendo testigo de la proposición.

Mike volvió a mirar a Lacey que estaba sonriendo radiante.

—¿Quieres casarte conmigo? —le tendió la cajita abierta.

Lacey se arrodilló echándose a sus brazos emocionada. El le abrazó con fuerza.
—Supongo que eso es un sí... —susurró Mike junto a sus labios, pletórico, orgulloso, feliz.
Lacey le besó con pasión, con seguridad, con confianza... en él, en ella, en su futuro.
Los perros los rodearon divertidos. También querían jugar... y confiaban.

Querido lector:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en Amazon para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Jane, Peter o Keith?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía búscala en Amazon o permanece atenta a su publicación.

Sobre la autora

Annabeth Berkley

Nacida en 1975, la mayor de tres hermanas, desde siempre manifestó interés por la lectura y la escritura.

Está convencida de que al Amor de pareja real y auténtico se llega cuando nos amamos y aceptamos a nosotros mismos, por eso sus novelas tienen ese componente de superación personal, de autoestima y de aceptación de nuestras luces y sombras.

También escribe libros de desarrollo personal con su nombre.